

Fedra

Domingo Miras Molina

A Fedra también le imprime el dramaturgo caracteres que la apartan del modelo helénico y la colocan en una doble posición: de una parte posee, como las otras heroínas de Domingo Miras, el carácter feminista que las hace rebelarse contra lo que las somete e intentar buscar un camino que les permita ser ellas mismas; por otra, al final ya de la pieza, deja su aspecto de personaje para encarnar un símbolo, el de la lucha contra la opresión. Entonces, adquiere todo su valor porque queda de manifiesto que lo que el dramaturgo ha llevado a cabo no es solamente una nueva versión del mito clásico, sino que lo ha utilizado como elemento metafórico, por virtud de lo cual, el derecho al amor por el que muere Fedra no es sino el derecho a la libertad por el que incita a luchar a los demás hombres, representados en las almas que pueblan el averno.

Como es habitual, en el trazado de los personajes, Miras ha configurado al femenino con firmeza en sus deseos y decisiones y fuerza para llevar a cabo sus propósitos, mientras que Hipólito, medroso e irresoluto, duda, miente o no se atreve a obrar de acuerdo con sus deseos. En el momento final, cuando ambos protagonistas pierden sus atributos individuales para dejar paso al nivel simbólico que representan, Hipólito, incapaz de enfrentarse con su destino de hombre en lucha, pide a Fedra que lo lleve con ella, como lo había hecho, al comienzo, durante la primera narración de sus relaciones en el palacio de Trecene. Fedra, siempre fuerte, lo toma en brazos y comienza con el así su camino.

Una diferencia sustancial entre esta pieza y las anteriores estriba en que lo maravilloso no hace su aparición en momentos aislados, sino que es un constituyente básico de la trama, puesto que la acción tiene lugar después de la muerte de los protagonistas y por tanto son sus espíritus atormentados los que emergen desde los infiernos para declarar su historia. De esta forma, el espectador se verá implicado en el punto de vista de Hades y Perséfone al recibir, como ellos, informaciones diversas y, como ellos, habrá de dilucidar sobre dónde se encuentra la verdad. Pero, por la posición que Fedra ocupa en el espacio escénico, también quedará incluido en el grupo indiferenciado del resto de los moradores infernales, por lo que la llamada de atención de Fedra lo incluye ineludiblemente:

FEDRA.- (Las sombras de los muertos, que han quedado a sus espaldas, la miran. FEDRA se detiene y se vuelve hacia ellas, dando cara al público. Vibrante.) Y vosotros, ¿qué esperáis? ¿Preferís seguir durmiendo? [...] ¿Hasta cuándo os conformaréis con oír historias? ¿Cuándo llegará el tiempo en que las hagáis? No nos dejéis solos, venid a nuestro lado».

En este *Teatro mitológico* se pueden apreciar y a los que, en adelante, serán valores consolidados del teatro de Domingo Miras: la hábil utilización de la lengua, convertida en signo de caracterización dramática; la presencia de espacios subconscientes que colocan al receptor en posición omnisciente, capacitándolo para la reflexión; la construcción de figuras dramáticas que, a la vez que comportan caracteres humanos, están dotadas de una enriquecedora dimensión simbólica; la utilización del mito -después será la historia- como cantera temática, y todo ello al servicio de una idea que ocupa toda su obra, la de la acción del poder. V S.

Dramatis Personae

(Por orden de intervención)

HADES, dios de los muertos.

PERSÉFONE, su esposa.

FEDRA, esposa de Teseo y madrastra de Hipólito.

LA NODRIZA, confidente de Fedra.

HIPÓLITO, hijo de Teseo.

TESEO, rey de Atenas.

SOMBRAS y **PORTADORES**.

La acción, en el Averno e, indirectamente, en Trecene, ciudad de la Argólide.

PRIMER ACTO

El reino de los muertos. Cavernas rocosas en la penumbra. Al fondo, la oscura boca de una estrecha galería. En una oquedad en alto, a la derecha, el trono de HADES y PERSÉFONE. HADES viste ropas talares; sus cabellos y su barba son muy largos, negros y rizados. También PERSÉFONE viste de negro; tiene los brazos y la garganta desnudos, y es muy joven y hermosa. Ambos están sentados y sostienen un larguísimo cetro; la cabeza de HADES se adorna con hojas de álamo. En el suelo, a un nivel mucho más bajo, se halla de pie FEDRA, que viste grandes y flotantes ropas harapientas de color gris oscuro. El centro y la izquierda de la escena están libres.

En la proximidad de la galería del fondo y, en menor número, por el resto del espacio escénico, hay bastantes sombras de muertos de pie o, preferentemente, sentadas en el suelo; no se les ve el rostro, oculto por las ropas análogas a las de FEDRA, que les tapan la cabeza.

HADES.- Has venido a esta morada antes de tiempo. Por la mitad de su curso iba el hilo de tu vida, cuando tú misma lo cortaste. (**Commiserativo.**) ¿Por qué lo hiciste, mujer? ¿Acaso ignorabas que eso irrita a los dioses? (**Pausa. Severo.**) ¿O es que la irritación de los dioses te tenía sin cuidado? (**FEDRA, erguida, no contesta.**) Contéstame.

PERSÉFONE.- (Persuasiva.) Contesta, Fedra, sin temor. En cualquier caso, tu suerte aquí no será peor que la de cualquier otro. Habla, no tengas miedo.

FEDRA.- (Tranquila.) No tengo miedo.

HADES.- Eso quieres aparentar, pero por dentro estás temblando igual que un perro recién nacido. ¿Crees que vas a engañarnos a nosotros? No te esfuerces en disimularlo, no es malo temblar ante los dioses.

PERSÉFONE.- ¿Por qué te quitaste la vida?

FEDRA.- Porque ya no la tenía.

HADES.- ¿Qué dices? Eras una mujer joven, aún te quedaba mucho tiempo.

FEDRA.- Tiempo, no sé; pero vida, ninguna.

PERSÉFONE.- (Tras corta pausa.) Pudiste equivocarte.

HADES.- Te matarías por miedo, como hacen casi todos. Hiciste algo que te asustó, y por eso te mataste. Por pura cobardía. Vamos, confíésalo. (**Silencio.**) ¿Te propones, acaso, probar mi paciencia?

PERSÉFONE.- (Amable.) No te conviene irritar al señor de los muertos, nada ganarás con ello. Di si es cierto eso: ¿has venido aquí en busca de refugio? ¿Querías esconderte?

FEDRA.- ¿Esconderme?

PERSÉFONE.- (Insinuante.) De ti misma, tal vez...

FEDRA.- (Indiferente.) Nunca fui yo buscadora de escondrijos.

HADES.- Y, sin embargo, estás en el más seguro. Nadie puede y a hacerte nada; los vivos están bajo el sol, y nosotros bajo la tierra. Pero, aunque nada te hagan, ¿qué pensarán de ti? ¿No te inquieta la fama que hayas dejado?

FEDRA.- No me importan las cosas que quedaron atrás. Lo que quiero está aquí, y por eso he venido.

PERSÉFONE.- (Cariñosa.) ¿Y qué es lo que quieres, di?

HADES.- No hay aquí nada que sea tuyo.

PERSÉFONE.- (Tras una pausa, maternal.) ¿Reunirte con Hipólito? ¿Es eso lo que quieres?

FEDRA.- Sí.

HADES.- ¿Y has pensado si Hipólito querrá reunirse contigo? Porque debiste pensarlo, antes de venir aquí.

FEDRA.- Ese es asunto mío, no vuestro.

HADES.- Una respuesta torpe, que te perjudica a ti más que a nosotros.

PERSÉFONE.- Hace muy poco y ahí mismo, Hipólito maldecía de ti, se llenaba la boca cubriéndote de ultrajes. ¿Para reunirse con ese has bajado a los Infiernos? (**FEDRA guarda silencio, aunque está muy interesada.**)

HADES.- (Paciente.) El reino subterráneo donde moran las sombras de los muertos es muy grande, mujer. Si, como has dicho, tienes necesidad de encontrar a esa sombra, debes recordar que yo mando aquí.

FEDRA.- (Respetuosa.) No he olvidado que eres el rey de los muertos.

HADES.- (Severo.) Y tú, ahora, perteneces a mi pueblo...

FEDRA.- (Bajando la cabeza.) Es cierto.

HADES.- (Con mayor severidad.) Sin embargo, estás provocando nuestra cólera con tu insolencia.

FEDRA.- (Afectando humildad.) Perdón, poderoso Hades. Perdonadme los dos.

HADES.- (Tras una ligera pausa. Paternal.) Necesitas tenernos propicios, Fedra. Has venido al Infierno con un objeto especial, y en eso te diferencias de los demás muertos. Tú nos necesitas, los otros no. Y, no obstante, tú te llenas de orgullo mientras los otros, cuando llegan, se arrastran y lloran.

FEDRA.- Lamento saber que también aquí hay que envilecerse para agradar a los que mandan, pero me arrastraré y lloraré, si así consentís mi reunión con la sombra de Hipólito.

HADES.- No es eso lo que queremos.

PERSÉFONE.- Los dioses subterráneos somos pacíficos y benévolos, amiga mía. ¿Cómo podríamos reinar sobre esclavos, si ya ni siquiera la vida podéis perder? Este es un lugar de paz y descanso, no de humillaciones ni de lágrimas como aquel que has dejado. Si quieres complacernos y ganarte nuestra voluntad, no es necesario que te pongas de rodillas. Límitate a ser grata.

FEDRA.- Dulces palabras para esconder, sin duda, algún anzuelo.

HADES.- Pero ¿qué dices? Un anzuelo, ¿para qué, pobre muerta? Mírate a ti misma, mira qué te queda que te pueda ser robado, de qué temes que te despojemos. ¿No ves que no eres nada?

FEDRA.- No soy nada, es verdad. Aprendí que al confiado y crédulo bien pronto lo dejaban desnudo, pero yo estoy ahora más desnuda que el último mendigo.

PERSÉFONE.- Y también más segura. Puedes confiar en nosotros sin ningún recelo, no queremos ni podemos perjudicarte. **(Pausa.)** ¿Me crees ya? ¿O temes todavía que trate de pescarte con anzuelo, como a un incauto pez?

FEDRA.- Te creo, divina Perséfone. Y si, como dijiste, sois bondadosos y solícitos, os ruego que me dejéis ir ya en busca de aquel por quien vine. No me neguéis esta única petición.

PERSÉFONE.- Espera. Antes te hemos pedido nosotros otra cosa, ¿no lo recuerdas? Queremos conocer las circunstancias de tu muerte.

HADES.- Pero h́ablanos antes de tus relaciones con Hipólito. Él te ha acusado duramente y, sin embargo, tú le has seguido como la sombra al cuerpo. No lo entiendo. (**FEDRA inclina la cabeza, pensativa. Pausa. Sin cólera.**) ¿Te niegas a hablar?

PERSÉFONE.- ¿Por qué callas? ¿No quieres complacernos?

FEDRA.- (**Vacilante.**) Sí, sí quiero...

PERSÉFONE.- (**Animándola.**) No te avergüences de lo que pasase allí arriba.

FEDRA.- No tengo de qué avergonzarme, pero accediendo a vuestra petición, voy a prolongar mi pesadumbre y renovar un gran dolor.

HADES.- No creas que el presente es mejor que lo pasado, por malo que lo pasado pudiera ser. Aún no sabes cuán miserable es la condición de los muertos, cuán triste va a ser tu tiempo sin tiempo, en el reino de las sombras. Recordar su vida pasada suele ser el consuelo de los que aquí se hallan, no te lamentes de ella tú.

PERSÉFONE.- Vamos, comienza.

(**Se concentra FEDRA y, al mismo tiempo, un foco alumbra exclusivamente el rincón de la escena en que está ella con los dioses, quedando el resto del escenario en absoluta oscuridad. Al comenzar a hablar; se quita sus ropas grises dejándolas caer. Lleva una túnica sin mangas y muy sutil.**)

FEDRA.- Nací en Creta y soy hija de Minos...

HADES.- (**Interrumpiéndola, paternal y afable.**) Sabemos cuál fue tu cuna, y tenemos también conocimiento de tu matrimonio con Teseo, el rey de Atenas... Allí tenías tu casa y, sin embargo, tus días no acabaron en ella, sino en Trecene, ¿es cierto eso?

FEDRA.- Sí, había peligro en Atenas, y mi marido nos mandó a Hipólito y a mí a Trecene, a la casa de Piteo...

HADES.- Dinos, pues, lo que pasó en Trecene.

FEDRA.- (**Concentrándose más.**) Allí no estaba Teseo, Hipólito me pertenecía solo a mí... o, al menos, eso era lo que yo pretendía...

(Se ha ido cambiando la luz. Ahora se ilumina la parte central del escenario, mientras se desvanece el foco que alumbraba la escena anterior. La transición es gradual. Ha descendido un decorado parcial que sugiere el interior de un palacio micénico. Es la habitación de FEDRA. La puerta, al fondo, a la izquierda. Cerca de ella, y también al fondo, la cama, muy alta, y coronada por unas grandes vigas pintadas con motivos geométricos en espirales; algún tapiz más o menos recogido o plegado cuelga de ellas, pero sin ocultar la cama en absoluto. A los pies de dicha cama y en primer término, una piel de oso cuelga hasta el suelo. La NODRIZA está sentada, quieta, en actitud de trenzar una guirnalda de hojas y flores. De la viga horizontal que, en primer término, hay sobre los pies de la cama, pende un ceñidor muy largo. FEDRA se aparta de los dioses, dirigiéndose despacio hacia la zona del decorado; coge el ceñidor y se lo pone, con varias vueltas desde debajo del busto hasta la cintura. Después se sienta frente a la NODRIZA y coge del suelo ramas y flores que pone bajo su falda; comienza a trenzar, pero se interrumpe, quedando abstraída y preocupada. La NODRIZA la mira.)

NODRIZA.- Pero, ¿qué te pasa esta tarde? No estás haciendo nada.

FEDRA.- (**De mal humor**) No tengo ganas de trenzar en balde. Esto es completamente inútil.

NODRIZA.- ¿No quieres tener la habitación adornada?

FEDRA.- ¡La habitación adornada! (**Se levanta, tirando al suelo de un manotazo las flores de su falda. Pasea brevemente.**)

NODRIZA.- Hija, no te entiendo. Estabas más alegre que un pájaro cuando dejamos Atenas, y te has ido amargando tú sola. (FEDRA **pasea.**) Tú sabrás por qué.

FEDRA.- (Se **detiene.**) ¡No estoy amargada! No estoy amargada, pero lo estaré.

NODRIZA.- Ya sé que lo estarás, cuando volvamos. Pero aún estamos aquí. No hace falta que te irrites sin motivo.

FEDRA.- (Más **calmada.**) No me irrito. Pero llevamos en Trecene varios días, pronto volveremos a Atenas, y....

NODRIZA.- (Al ver que FEDRA se **calla.**) Y no soportas la idea de estar con tu marido, ¿verdad, Fedra? Cada día le odias más. Ya que tienes la desgracia de no quererlo, podrías, por lo menos, resignarte.

FEDRA.- ¿Resignarme? ¿Y qué es lo que he hecho hasta ahora?

NODRIZA.- Pero resígnate sin odio, mujer. Vivirás mejor.

FEDRA.- ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Si he de vivir bajo los pies de un amo, lo menos que puedo hacer es maldecirle entre dientes. Y como no puedo desahogarme alzando la voz, cada día le odio más.

NODRIZA.- Te estás llenando las entrañas de ponzoña, te va a salir el veneno por los ojos. ¿Es que no ves que llevas camino de convertirte por dentro en un perro rabioso y nada más?

FEDRA.- ¡Bastante sabes tú!

NODRIZA.- Sé lo que veo.

FEDRA.- Y no ves nada.

NODRIZA.- Eras una criatura cuando te casaron con Teseo, y a los pocos días de la boda ya te vi apretar los dientes y mirar de través. Conque mira si veo. Pensé que te acostumbrarías, pero han pasado muchos años y cada vez estas peor.

FEDRA.- ¿Que me acostumbraría? ¿Que me acostumbraría a ser la sierva de ese, a cuidar de su casa y a obedecer sus órdenes? ¿Cómo pudiste pensar que me acostumbraría a tal cosa?

NODRIZA.- Otras muchas lo han hecho y lo siguen haciendo.

FEDRA.- ¡Peor para ellas! Yo necesito ser libre, para eso he nacido. Y si sigo viva, es porque espero serlo.

NODRIZA.- No seré yo quien te quite la esperanza. Pero, entre tanto, piensa que tu marido no es peor que los demás hombres... (FEDRA **ríe.**) No te rías, Fedra. Lo que digo es verdad.

FEDRA.- ¿Y a mí eso qué me importa? Aunque fuera el más bueno del mundo. El marido malo trata a su mujer como a un asno, y el bueno como a un pajarito. Pero yo no quiero ser asno ni pajarito, yo quiero ser Fedra. Y no tolero pertenecer a otro solo porque nació varón.

NODRIZA.- Compárate con las demás mujeres, que no tienen tu abundancia de casa, tus ganados y riquezas. Piensa que tu suerte podría ser peor, y te costará menos acomodarte a ella.

FEDRA.- (**Impaciente.**) ¿No te he dicho que no quiero? ¡No quiero acomodarme, no quiero conformarme! No quiero envilecerme hasta el punto de crearme feliz, olvidándome de mi falta de libertad. ¡Yo no puedo hacer eso! ¡No puedo, y no quiero!

NODRIZA.- (**También impaciente.**) ¿Y no ves que te haces desgraciada?

FEDRA.- Prefiero ser desgraciada con los ojos abiertos que feliz con los ojos cerrados. Y además, tú que sabes. (**Sonriente.**) ¿Me creerías si te dijese que, ahora mismo, tengo dentro un jardín?

NODRIZA.- Sí, un jardín de zarzas y cardos, con espinas como espadas.

FEDRA.- (Dulce.) Un jardín de flores blancas y frutales tiernos. Un jardín del que voy a recoger libertad y alegría. **(Se acerca a la NODRIZA, que sigue sentada, y la abraza.)** ¿Por qué no dices nada? ¿No oyes lo que te digo?

NODRIZA.- Preferiría no oírlo, te estás burlando de mí.

FEDRA.- (Abrazando más a la NODRIZA, que ya ha dejado de hacer guirnaldas.) Sabía que no lo creerías y, sin embargo, es verdad. Por una vez, la verdad puede ser así de bella.

NODRIZA.- (Que no sabe si creerla o no.) Hace bien poco estabas colérica solo de pensar en la vuelta a tu casa.

FEDRA.- Es que estoy excitada. **(Se arrodilla junto a la silla de la NODRIZA, para hablarle de cerca.)** Y creo que tengo un poco de miedo, ¿sabes? Pero un miedo agradable, hermoso. Debe de ser la cercanía de la libertad, que me impresiona. Los esclavos no tienen futuro, se lo dan hecho; en cambio, el futuro de los libres debe de ser tremendo, ¿no es verdad? Su vida puesta en sus manos para que ellos la hagan...

NODRIZA.- Fedra, no te entiendo. ¿No te estarás burlando? **(Acaricia los cabellos de FEDRA, que tiene la cabeza apoyada en sus rodillas.)**

FEDRA.- Pero tengo una dificultad, maná: no puedo yo sola librarme de Teseo. Necesito que me ayude una persona, y no estoy segura de ella ni por asomo.

NODRIZA.- ¿Cómo has podido decir eso? Me has hecho daño.

FEDRA.- ¿Por qué? ¿Qué he dicho yo?

NODRIZA.- (Con amargura.) Apenas habías nacido cuando te pusieron en mis brazos, y en mis pechos mamaste una leche que negué a mis hijos para dártela a ti. Treinta y tres años han pasado desde entonces, y en ese tiempo nunca he tenido más vida que la tuya, siempre pendiente de tu salud, de tus deseos, de tus caprichos; con mi cama junto a la tuya, comiendo tras de tu puerta; sin distracción ni descanso, pensando en cuidarte y servirte con toda la atención y todo el amor que puedo tener, para que ahora te atrevas a decirme que no estás segura de mí...

FEDRA.- (Que la escuchó con sorpresa al principio y luego divertida, la coge del codo para llamar su atención, consiguiendo -con esfuerzo- que la NODRIZA lo advierta.) ¡Pero qué dices! Si no estoy hablando de ti, no eres tú esa persona... (La abraza.) ¡Ay, mamá, ojalá fuera tu socorro el que necesito!

NODRIZA.- (Entre incrédula y defraudada.) ¿Que no soy yo? ¿Y quién es, entonces?

FEDRA.- Pues, ¿quién ha de ser? Hipólito, por supuesto.

NODRIZA.- (Estupefacta.) ¿Hipólito?

FEDRA.- (Infantil, medio jugando con la sorprendida NODRIZA.) Sí, Hipólito. (La besuquea.) Me es necesario su concurso. Sin él no podría hacer nada.

NODRIZA.- (De mal humor.) ¿Y eso es lo mejor que has encontrado? ¡Un chiquillo! ¡Un chiquillo débil y miedoso! No, no pongas esa cara, que es verdad y no vas a hacer que me calle. No recurres a mí porque soy vieja, claro, pero no sabes tú que, con todos mis años, valgo yo cien veces más que el hijo de la amazona. ¡Y te quiero más que él!

FEDRA.- (Se levanta, un poco enfadada.) No le llames tú también el hijo de la amazona, ¿has oído? No lo vuelvas a hacer. Hipólito es mi hijo.

NODRIZA.- Di que le quieres como si fuera tu hijo, pero lo parió una amazona...

FEDRA.- (Obstinada.) ¡Lo parí yo! (La NODRIZA la mira como a un bicho raro.) No me mires así, que no estoy loca... No salió de mis entrañas, pero es igual, pudo haber salido. Él no se acuerda para nada de Antíope, no recuerda a ninguna más que a mí, no ha tenido otra madre... ni yo otro hijo. Si dices que no soy su madre, nos defraudas a los dos.

NODRIZA.- (Dulce y conciliadora.) No te enfades, yo también quiero al muchacho... (Toma de la mano a FEDRA, atrayéndola hacia sí.) Anda, niña mía, ven aquí... (Sienta a FEDRA sobre sus rodillas y la besa.) Así... (La abraza.) ¿Verdad que quieres mucho a esta pobre vieja?

FEDRA.- (Devolviéndole los besos.)Tú no eres ninguna pobre vieja.

NODRIZA.- Debo serlo, si no sirvo para ayudarte... ¿Qué necesidad tienes de comprometer a tu hijo, que es débil y aún no tiene el valor de los hombres? **(La abraza más fuerte.)** Querida mía, déjame que sea yo. Al héroe más fuerte puedo mandar al Averno sin que nadie sospeche nada... De mí sí podrías estar segura...

FEDRA.- ¡Ay, si a ti te fuera posible!

NODRIZA.- Cualquier cosa es más posible para mí que para Hipólito, Fedra. Te lo juro.

FEDRA.- (Mimosa, acariciando el rostro de la NODRIZA con ambas manos.) Vas a convencerte, voy a explicarte mi propósito...

NODRIZA.- Anda, sí, dímelo.

FEDRA.- Dime primero, ¿cuánto me quieres?

NODRIZA.- ¿A qué viene eso?

FEDRA.- ¡Oh, es importantísimo! Si no me quieres tanto como yo a ti, no puedo decírtelo...

NODRIZA.- (Abrazándola.) ¿Tanto como tú a mí? Pero, hija mía, si eso no es nada...

FEDRA.- (Siempre mimosa y deliberadamente infantil.) ¿Me quieres más que a ti misma?

NODRIZA.- ¡Infinitamente más!

FEDRA.- (Acariciándola.) ¿Y si yo quiero una cosa, la quieres tú también?

NODRIZA.- (Encantada.) Niña, yo moriría con gusto por darte un capricho...

FEDRA.- (Besuqueándola.) Mamá, es que yo necesito que me quieras a mí mucho más que a los dioses...

NODRIZA.- ¡Pero si yo no tengo más dios que mi niña!

FEDRA.- Bien, te lo voy a decir... **(Vacila.)** ¡Yo quiero a Hipólito!

NODRIZA.- (Sin entender nada.) Muy bien, eso ya lo tienes... él también te quiere, aunque no tanto como yo...

FEDRA.- (Esconde se cara en el hombro de la NODRIZA.) No, no... y lo quiero de otra manera... le quiero... **(Sin levantar la cabeza, señala con el índice la cama.)** ahí...

NODRIZA.- (Estupefacta, sin reaccionar.) ¡Ah!

FEDRA.- (Sin atreverse aún a levantar la cabeza.) ¿Estás escandalizada?

NODRIZA.- (Sin convicción.) No...

FEDRA.- (Como antes.) Es para mí más importante que mi vida, te lo aseguro...

NODRIZA.- (Tras una pausa, acariciándola.) Te comprendo muy bien, tesoro mío... Tu pasión te parece monstruosa porque él es para ti un hijo... **(FEDRA levanta la cabeza y mira a la NODRIZA.)** ¿No es cierto?

FEDRA.- (Enérgica.) ¡No, no es cierto! De ninguna manera... Mi pasión no es monstruosa en modo alguno.

NODRIZA.- (Persuasiva.) Claro está que no, Fedra. Recuerda que Hipólito no es hijo tuyo... **(Movimiento de protesta de FEDRA.)** ¡No, no lo es! Allá Teseo y la amazona, ¿a ti eso que te importa? Para ti, el muchacho es un extraño sin ningún parentesco...

FEDRA.- (Nerviosa, se levanta de las rodillas de la NODRIZA.) ¡No, no, no me has entendido! Si le amo... si quiero que sea mío es precisamente porque es mi hijo... **(Enérgica.)** Si fuese un extraño, ni le miraría a la cara. ¿Por quién me tomas? Un extraño es cualquiera: ¿me acostaría yo con cualquiera?

NODRIZA.- (Estupefacta.) No sé qué decirte... no te he entendido...

FEDRA.- Me has entendido muy bien: quiero a Hipólito porque es mi hijo, y solo por eso.

NODRIZA.- Fedra, eso no tiene sentido. El hecho de quererle te prueba que ese muchacho no es un hijo para ti. Jamás una madre querría así a su hijo.

FEDRA.- Todas los querrían así, si el horror no se lo estorbaba. A cualquier mujer la horrorizaría tanto el desear a su hijo, que ni se le ocurre.

NODRIZA.- Porque es un crimen, por eso se horrorizan. Mira, si todas las otras temen a las Erinnias, sé prudente y témelas tú.

FEDRA.- Deja en paz a las viejas Erinnias. Solo roen los huesos de los débiles. Ahí tienes a mi marido cargado de homicidios, que jamás se ha preocupado por ellas. Si eso es un crimen, es porque los maridos y padres así lo han decidido, y nada más.

NODRIZA.- (**Preocupada.**) Yo no lo entiendo, niña, yo no lo entiendo... ¿Por qué lo habrían de decidir?

FEDRA.- Porque les conviene, naturalmente. Limitando los derechos maternos en beneficio propio, se apoderan a la vez del hijo y de la madre. Hacen del uno su heredero y su imitador, y de la otra una esclava que solo tiene a su cargo los cuidados infantiles, y porque no hay más remedio, que si no... Para una mujer, un hijo debiera ser un cielo abierto de gloria y libertad... pero solo es un ventanuco por el que apenas entra algo de luz. Si las otras se conforman con esa miserable ventana, yo no: yo voy a saltar a través de ella. Voy a salir de mi pozo y a tener aquello que es mío. Mi hijo, para mí y solo para mí. Ni un latido suyo he de dejar para que mi marido pueda tomarlo.

NODRIZA.- (**Tras una pausa.**) ¡Ay, Fedra!... Yo pensaba que solamente estabas encaprichada por el hijo de la amazona y no me parecía mal, pero ahora no sé qué pensar... me siento inquieta...

FEDRA.- (**Levemente irónica.**) Sigues pensando que este amor es un crimen, ¿verdad?

NODRIZA.- ¿Y estás tú segura de que no lo es?

FEDRA.- No, no lo es. No lo es. Pero aunque lo fuera, me daría igual. Necesito a Hipólito todo entero, y mío tiene que ser. No prescindiré de él por temor a mi marido, al contrario. Teseo dejará de ser mi amo cuando yo impida que me despoje, y a mi hijo no me lo va a quitar, eso sí te lo aseguro.

NODRIZA.- (**Con terror.**) Niña, niña mía, piénsalo... Tú no puedes estar segura de encontrar a la libertad detrás del crimen...

FEDRA.- (**Impaciente.**) ¡Te repito que mi amor no es un crimen! No vuelvas a insultarlo, ¿me oyes? (**En brusca transición al afecto.**) Escúchame. Quiero tanto a Hipólito que aunque no obtuviese mi libertad lo haría de todos modos... Aunque sé que la tendré, no hay la menor duda... ¿qué le ofrecería a mi hijo, si no fuese capaz de darle el corazón de una mujer libre? (**Ilusionada.**) ¿No lo comprendes? Mi hijo será completamente mío, se volverá pequeñito y habitará dentro de mi pecho como antes de que naciese; y yo seré solo suya, como siempre he deseado... Teseo se quedará sin hijo y sin mujer, sin nada que ver con nosotros, que seremos libres aparte de él, fuera de él... Teseo será un extraño, un desconocido...

NODRIZA.- (**Tras corta pausa.**) Óyeme, escucha. (**Vacila.**) ¿No sería igual... y más seguro... que Teseo muriese?

FEDRA.- (**Divertida.**) ¿Matándole tú? Con veneno, ¿verdad? (**Ríe.**) ¡Pero si tú temes a los muertos! ¿Qué harías cuando vieses ante ti su espectro ensangrentado?

NODRIZA.- (**Alegremente.**) ¡Ah, no hay peligro de eso! Aplacaríamos su espíritu con frecuentes libaciones, se celebrarían juegos y sacrificios en su honor... hasta podrías levantarle un templo...

FEDRA.- (**Riendo más.**) ¡Oh, qué bien! Todo se arreglaría, es cierto... (**Dejando de reír.**) Menos para mí, que seguiría siendo la esclava de Teseo.

NODRIZA.- (**Estupefacta.**) ¿De un muerto?

FEDRA.- Sí, de un muerto. No hay viuda que se libre de su amo, si no es esclavizándose a otro. Si mi marido muriese antes de mi victoria, ya ni mi hijo ni yo podríamos ser libres, porque el recuerdo de aquel de quien nunca pudimos escapar nos dominaría para siempre desde nuestros corazones... Y, por el contrario, después que Hipólito y yo consumemos nuestro amor y alcancemos la libertad, cuando Teseo sea un extraño para nosotros, ¿qué nos importa que muera o que viva? Él ya no será nadie, para nosotros ya estará muerto...

NODRIZA.- (**Obstinada.**) Le temeréis más que ahora... Cada vez que os mire a los ojos os temblarán las manos...

FEDRA.- ¿Nos temblarán, dices? ¿Porque nos mire un pobre hombre de quien nos reímos y que nada es para nosotros?

NODRIZA.- ¡Oh, Fedra! Ese pobre hombre, si tuviese tan solo una sospecha, tomaría su espada de bronce y te la hundiría sin piedad por el vientre adelante...

FEDRA.- Pero es que no tendrá sospecha alguna. La vida en la casa seguirá como siempre, Hipólito y yo le fingiremos obediencia... su ignorancia le permitirá seguir creyéndose nuestro amo, y eso le hará más pequeño aún a nuestros ojos: ¿cómo es posible temerle así?

NODRIZA.- La conciencia de vuestra culpa os delatará...

FEDRA.- (**Alzando la voz, con impaciencia.**) ¿Qué culpa? ¿La conciencia de qué culpa? ¿Es acaso culpable el que se defiende?

NODRIZA.- (**Triste.**) No sé, hija, no sé... Ni tampoco sé ya qué decirte... pero siento que algo está oscuro, algo saldrá mal... y tengo miedo...

FEDRA.- (**Severa.**) Pues cuida de que no se te note.

NODRIZA.- Yo me lo tragaré, no es de mí de quien tienes que temer.

FEDRA.- (**Fingiendo alegría.**) Ni de ti ni de nadie. Alégrate, vamos a ser felices.

NODRIZA.- (**Suspira.**) ¡Ojalá sea cierto! (**Sombría, mirando al suelo.**) No estoy segura de Hipólito.

FEDRA.- **(Repentinamente endurecida, se vuelve de espaldas a la NODRIZA. Tensa.)** ¡Ni yo tampoco! **(Pausa.)** El miedo lo paraliza, apenas se atreve a nada por más que le provoco... ¡Y yo no puedo esperar más!

NODRIZA.- ¿Y por qué no? Dentro de algún tiempo, cuando Hipólito sea más hombre...

FEDRA.- ¿No te he dicho que no puedo? Cuando él sea más hombre, yo seré más vieja... **(Animándose a sí misma.)** Y además, él ya está preparado, **(Cogiéndose los brazos, tierna.)** Me quiere, y hasta con audacia... solo le falta llegar al final. **(Se queda abstraída. Pausa.)** Quizá hoy mismo... **(La NODRIZA suspira hondo, y FEDRA reacciona.)** Seguro que Hipólito ya está rondando ahí, esperando a que salgas. Anda, y si le ves, dile que ya puede pasar, que le estoy esperando...

NODRIZA.- **(Disponiéndose a salir. Con miedo.)** ¿Va a ser ahora?

FEDRA.- No lo sé.

NODRIZA.- Mira que aún no ofrece seguridad... son muy pocos años...

FEDRA.- **(Empujándola suavemente hacia la puerta.)** No tengas miedo, no seas miedosa... anda...

(Sale la NODRIZA.)

(Al quedarse sola, FEDRA se concentra unos instantes. Respira hondo, y se acerca al montón de guirnalda que hay en el suelo, del que coge una. Se sube de pie sobre la cama, y comienza a colgar la guirnalda de una de las vigas que la coronan. Casi en seguida, HIPÓLITO aparece en la puerta y se para, de espaldas a FEDRA, mirando cómo adorna las vigas. Trae una pequeña capa echada sobre un hombro. FEDRA vuelve la cabeza, viéndole.)

FEDRA.- **(De buen humor.)** ¿Te complace trabajar?

HIPÓLITO.- (Apoyado en el quicio, se cruza de brazos y sonríe.) Estás muy hermosa cuando haces eso.

FEDRA.- Entonces, ponte hermoso tú también. Coge una (Señala las guirnaldas que hay en el suelo.) y cuélgala de esa viga. (Indicando una de las que hay sobre la cama.)

HIPÓLITO.- (Arroja con negligencia su capa sobre la cama, y la obedece.) ¿Así que hoy también jugaremos?

FEDRA.- (Terminando de colgar la guirnalda.) Naturalmente, niño mío. ¿Sabes tú hacer otra cosa?

HIPÓLITO.- (Eufórico.) Yo sé cazar...

FEDRA.- (Bajando de un salto y cogiendo otra guirnalda que prepara para tender a HIPÓLITO cuando termine de colgar la que tiene.) Sabes jugar a que cazas.

HIPÓLITO.- (Inclinándose para recoger la guirnalda que le tiende FEDRA, y riendo.) También sé hacer otras cosas...

FEDRA.- (Que ha cogido otra y trepa a la cama, para ponerla ella.) ¿Otras cosas?, ¿qué cosas?

HIPÓLITO.- (Siguiendo el juego.) ¡Oh, pues muchas!

FEDRA.- (Del mismo buen humor.) Yo solo te he visto hacer cosas de niño... de niño pequeño...

HIPÓLITO.- (Picaresco.) Pero hay algo que hacen los hombres y que yo sí sé hacer... (Ha terminado de colgar la guirnalda, baja de un salto, y coge las dos últimas, dejando una sobre la cama, y trepando con la otra para decorar otra viga. De pie sobre la cama, comenzando su trabajo sin mirar a FEDRA.) Y tú me has dicho que lo hago muy bien...

FEDRA.- (Terminando de colocar su guirnalda y recogiendo la última, que HIPÓLITO ha dejado sobre la cama.) ¡Pero niño! ¿Cuándo te he dicho yo eso?

HIPÓLITO.- (Orgullosa, sin dejar su tarea.) Ah, ¿ya no te acuerdas? (Con tono pícaro.) Pues fue ayer por la tarde...

FEDRA.- (Con la guirnalda aún en las manos.) ¡Ah, vamos! ¿Te refieres a esto? (Coge con la guirnalda el cuello de HIPÓLITO por sorpresa y, cuando él se vuelve, ella le abraza y le besa en la boca mientras HIPÓLITO la abraza también.)

HIPÓLITO.- (Casi temblando, con un tono enteramente distinto al petulante que hasta ahora ha tenido.) Ayerdijiste que ya lo hago como un hombre...

FEDRA.- (Entre risueña y conmisericordiosa, señalando la guirnalda.) Acaba con eso... (Se pone a colocar la suya, que aún tiene en las manos. Mientras la está colocando, tras una pausa y con tono irónico.) Así que ya sabes cómo tratar a una mujer, ¿eh? (HIPÓLITO, sin volver la cabeza de su trabajo, emite una risita pícaro, aunque también algo cohibida.) Pues lamento desilusionarte, pero te falta lo esencial.

HIPÓLITO.- (Que ha terminado de colgar su guirnalda, pero finge acomodarla para darse tiempo a recobrar su aplomo, se vuelve hacia FEDRA que, de espaldas a él, está colocando la suya.) Y, ¿qué es lo que me falta?

FEDRA.- (Sin volverse.) La iniciativa, niño.

HIPÓLITO.- ¡Ah! (Audaz, con tono provocativo.) ¿Te gustaría que yo tomase la iniciativa? (Sin esperar respuesta, toma a FEDRA por los hombros, le dobla bruscamente la cintura hacia atrás, y la sostiene un momento.) ¡Pues mira! (La besa en la boca al tiempo que ella le abraza y, por su difícil postura, caen ambos en la cama. HIPÓLITO se medio incorpora, sin aliento y con cierto susto. FEDRA sigue tendida, mirándole. Le señala la última guirnalda, que ella estaba colgando y de la que queda un trozo que cuelga sin sujetar.)

FEDRA.- Por haberme interrumpido, ahora tienes que terminar lo que yo hacía. (HIPÓLITO, en silencio, la obedece. Ella sigue tendida, y le mira. Pausa.)

HIPÓLITO.- (Terminando, y sin mirarla.) Hoy hemos ido más lejos que otros días...

FEDRA.- ¡Pobrecito! No puedes mover un dedo sin asustarte. ¿A qué llamas tú ir lejos?

HIPÓLITO.- (Apoyado en la viga ya decorada, sin mirar a FEDRA.) No sé... ¿a qué lo llamas tú?

FEDRA.- (Dulce.) Querido mío, para nosotros no debe haber nada demasiado lejos...

HIPÓLITO.- (La mira, con prevención.) ¿Nada?

FEDRA.- ¿No somos libres para airarnos sin trabas?

HIPÓLITO.- Claro está que sí, pero... (Se interrumpe, con visible preocupación.)

FEDRA.- (Sonriente.) Ese «pero» ya es una traba, y él basta para dejarnos sin libertad. ¿O es que no quieres hacerte un hombre? (Se estira, voluptuosa y provocativa.)

HIPÓLITO.- (Intentando vencer ser turbación y fijarse en FEDRA, sin conseguirlo.) Sí...

FEDRA.- (Incorporándose rápidamente y bajando de la cama, habla con tono ligero, aunque algo forzado.) Yo a ti no te gusto, niño. (Da unos pasos.)

HIPÓLITO.- (Impetuoso y sincero.) ¡Solo me gustas tú!

FEDRA.- (Complacida.) ¡Pues cómo te gustarán las otras!... ¡Pobres mujeres!

HIPÓLITO.- (Más cortés, aunque sigue siendo sincero.) Eres más bella que todas las diosas...

FEDRA.- (Fingiendo buen humor, suspira irónicamente.) De poco me sirve, mocito...

HIPÓLITO.- (Tras corta pausa, con un ligero esfuerzo.) ¿Por qué dices eso?

FEDRA.- Por nada. (Mira las vigas enguirnaldadas sobre la cama.) Aún no has puesto las lámparas. (Sacude a HIPÓLITO.) Anda, ponlas de prisa, que tenemos que jugar.

HIPÓLITO.- ¿A qué?

FEDRA.- (Abriendo un arcón que hay a la derecha de la cama.) Ya lo verás.

HIPÓLITO.- Pero podemos hablar tranquilamente. Cuéntame historias antiguas...

FEDRA.- (Agachada junto al arcón abierto.) No, nada de historias. Yo prefiero jugar.

HIPÓLITO.- (Subiéndose de pie sobre la cama.) ¡Y tú me llamas niño! **(FEDRA ríe brevemente y saca unas lámparas que va dando a HIPÓLITO, y este las coloca en la viga frontal. La entrega y colocación se hacen con rapidez.)** ¿También hoy jugaremos a que la piel de oso sea el Minotauro y yo sea Teseo?

FEDRA.- (Dándole las últimas lámparas.) No, eso ya lo haces muy bien... hoy, la piel será Teseo, tu serás Hipólito, y yo seré Fedra.

(Toma una paja, la enciende en una lámpara grande, y se la tiende a HIPÓLITO, que simula ir encendiendo las lamparillas que ha colocado. Pueden estas lamparillas tener una hembrilla de enchufe que encastre con un macho que sobresalga de la parte superior de la viga; al mismo tiempo que HIPÓLITO aplica la paja encendida, accionará un interruptor en la misma lamparilla, encendiéndose así su lucecita eléctrica. Cuando ha encendido la última, FEDRA apaga la lámpara en que encendió la paja, quedando la iluminación ligeramente más discreta.)

HIPÓLITO.- (Mientras va colocando las lamparillas.) ¿Un juego en el que yo hago de mí mismo y tú haces de ti?

FEDRA.- ¿Qué te parece? ¿Disfrutaremos?

HIPÓLITO.- (Escéptico.) No sé... ¿en qué va a consistir?, ¿en reproducir nuestra vida habitual en Atenas?

FEDRA.- (Alegre.) Lo esencial del juego es que hagamos de otro que no sea nosotros, ¿verdad, Hipólito?

HIPÓLITO.- Pues por eso me extraña... **(Ha encendido las seis u ocho lamparillas, y FEDRA apaga la grande.)**

FEDRA.- Es que hoy, tu harás de un Hipólito que no serás tú, y yo haré de una Fedra que no seré yo.

HIPÓLITO.- (**Sentándose perezosamente en la cama, y sonriendo.**) ¡Ahora sí que no entiendo nada!

FEDRA.- (**Gira sobre sí misma repetidas veces, al principio despacio.**) En la vida ordinaria, Teseo es nuestro amo y nosotros no somos nada. Pero ahora, él es esa piel de oso, que no es nada, y nosotros seremos sus amos... (**Sigue girando, algo más deprisa.**)

HIPÓLITO.- (**Que la mira encandilado.**) ¿Cómo dijiste que no me gustas? Eres más hermosa que las Gracias...

FEDRA.- (**Sin dejar de bailar.**) ¿Te gusta mi vestido?

HIPÓLITO.- Parece de tela de araña...

FEDRA.- (**Girando.**) Pero, ¿te gusta, o no?

HIPÓLITO.- (**Embobado.**) Nunca te lo vi en Atenas... es maravilloso...

FEDRA.- (**Bailando con más lentitud.**) Es solo para ti.

HIPÓLITO.- Quisiera besarte...

FEDRA.- (**Haciendo su giro más lento.**) Pues ven y hazlo... (**HIPÓLITO se acerca despacio, devorándola con los ojos. FEDRA señala repentinamente la piel de oso.**) ¡Cuidado! (**Gira vertiginosamente.**) ¡Tu padre! (**HIPÓLITO se queda paralizado, y FEDRA se deja caer sobre la cama, riendo a carcajadas.**)

HIPÓLITO.- (**Algo embarazado.**) Dime de qué te ríes, para que ría yo también...

FEDRA.- (**Sin dejar de reír.**) ¡Te has quedado helado! Un pellejo es suficiente, si piensas en tu padre, para que hasta besarme sea un delito. (**Ha dejado de reír y le mira con ternura.**)

HIPÓLITO.- (**Entristecido, se sienta en el suelo, a los pies de FEDRA.**) He sido muy tonto, ¿verdad?

FEDRA.- (Dulce, pero sin la menor convicción.) No, amor mío... **(Acaricia los cabellos de HIPÓLITO.)**

HIPÓLITO.- Pero ¿hasta cuándo me va a durar el miedo a ese hombre? Y tú, ¿por qué no me ayudas?

FEDRA.- Tienes que hacer un esfuerzo, Hipólito... las cosas no vienen solas.

HIPÓLITO.- (Resuelto.) Mira, vamos a jugar otra vez... no me va a asustar ahora esa piel.

FEDRA.- (Emite una risita forzada. Con tono irónico.) No será poco adelanto, si lo consigues...

HIPÓLITO.- (Mira a FEDRA, con tristeza.) No sirvo para nada, ¿verdad?

FEDRA.- (También triste.) No digas eso, te lo ruego...

HIPÓLITO.- Es lo que piensas, madre... **(Masoquista.)** Soy un inútil, no sirvo para nada, ¡para nada!

FEDRA.- (Con seguridad.) Sirves para lo que quieras, pero tienes que querer.

HIPÓLITO.- (Arrodillado a los pies de FEDRA, que está sentada en la cama.) Pero madre, si yo quiero...

FEDRA.- (Cogiendo la cara de HIPÓLITO y mirándole de cerca.) Hay que querer con mucha más fuerza, amigo mío... hay que querer con coraje, con rabia, sin desfallecimientos ni flaquezas: lo que se quiere así, se consigue siempre... **(Corta pausa.)** Endurece tu corazón y ponlo detrás de tu deseo, Hipólito; únelos firmemente, y tendrás en tus manos un ariete más fuerte que el bronce, con el que puedes derribar hasta los muros del Destino...

HIPÓLITO.- (Le besa las manos en un arrebató.) ¡Madre, eres magnífica!

FEDRA.- (Algo arisca.) ¿No te cansas de admirarme desde el suelo? Yo no necesito tu admiración, lo que quiero es que me imites. ¿Cuándo te decidirás?

HIPÓLITO.- (Con alegría.) ¡Ya estoy decidido! (Coge la piel de oso y lo tira con fuerza contra el suelo.) ¡Se acabó! (Le da un puntapié.) ¡Así! (Mira con odio el desplazamiento de la piel y, cuando se inmoviliza, se vuelve sonriente a FEDRA, que le mira con ternura y piedad.) ¿Ves?

FEDRA.- (Burlona.) Puesto que estás tan valiente, ¿quieres que juguemos?

HIPÓLITO.- (Contento.) Naturalmente que quiero... Ya verás si soy otro.

FEDRA.- (Recogiendo la piel de oso.) A ver si es verdad. Ahora tienes que ser un Hipólito libre y fuerte... (Risueña, amenazándole con el dedo.) ¡No lo olvides!

HIPÓLITO.- (Petulante.) ¡Ahora soy un Hipólito libre y fuerte! (Al ver que FEDRA saca un ovillo de hilo.) ¿Vas a preparar la piel como ayer, cuando era el Minotauro?

FEDRA.- Sí, pero hoy a quien preparo es a Teseo...

HIPÓLITO.- (Con mucho menos entusiasmo.) ¡Ah, sí!...

FEDRA.- (Continuando, en tono de broma.) ...Mi terrible marido... (Abre la boca de la piel y la pone rodeando su cuello, como si el oso la mordiese.)

HIPÓLITO.- (Con un estremecimiento, y procurando que su tono sea despreocupado.) No te la pongas así, que parece que te muerde de verdad...

FEDRA.- (Quitándose la, riendo.) Pues de eso se trata. (Jovial.) Haremos como si la bestia me tuviese en su poder, y tú me salvases.

HIPÓLITO.- (Simulando indiferencia.) Pero, ¿no habíamos dicho que esa piel sería mi padre?

FEDRA.- (Risueña.) Pero si es lo mismo: tu padre... la bestia... (HIPÓLITO la mira, sorprendido. FEDRA le revuelve el pelo con una mano.) Mira, niño: siempre que en una historia veas a un héroe que salva a una mujer hermosa de que una bestia la devore, y a sabes que a quien libra es a su madre...

HIPÓLITO.- (Atónito.) ¿Y la libra del padre?

FEDRA.- (Tras varias afirmaciones lentas con la cabeza.) Sí. (Corta pausa.) Del padre.

HIPÓLITO.- (Muy confuso, se sienta en el suelo, cerca de FEDRA.) Entonces, cuando Perseo libertó a Andrómeda y mató al monstruo del mar...

FEDRA.- (Suasoria.) Es como te he dicho, no lo dudes.

HIPÓLITO.- Lo que no entiendo es... el monstruo se iba a comer a Andrómeda, pero el padre... (Vacila.) el padre no se come a la madre.

FEDRA.- (Que, mientras hablaba HIPÓLITO, ha introducido el cabo del hilo por la boca de la piel de oso y lo está atando a algo que debe haber bajo la cabeza, se interrumpe, con un ligero mohín de ofendida.) ¿A ti no te parece que la tierna madre, tan frágil y bella, está a disposición del marido como entre las garras de una bestia?

HIPÓLITO.- Pues yo no... no lo sé...

FEDRA.- (Mimosa, reclinándose sobre HIPÓLITO.) ¡Oh, querido! Un marido no solicita, sino que exige... es brutal...

HIPÓLITO.- (Abrazándola.) ¡Oh, madre, oh, madre! (Le acaricia la cara.)

FEDRA.- Soy muy desgraciada, hijo...

HIPÓLITO.- (Acariciándola.) Tu situación es más angustiada que la mía, es mil veces peor... (Besándola y abrazándola.) Tienes que soportar sus manos sobre ti... su boca en la tuya y sus barbas en tu cara...

FEDRA.- Te juro que cuando entro en la estancia conyugal, me parece que paso al cubil de una fiera... (Junta su mejilla con la de HIPÓLITO.) Me lastima, me trata mal... con sus manos toscas y su olor a vino...

HIPÓLITO.- (Con decisión.) ¡Hay que acabar con eso, tú no puedes seguir así! (Se levanta, agitado.)

FEDRA.- (Se reclina sobre la piel.) Tú puedes salvarme, Hipólito. ¡Sálvame!

HIPÓLITO.- (Irresoluto, se vuelve a sentar, mientras FEDRA se levanta.) Sí, pero ¿cómo?... Madre, ¿qué podemos hacer?

FEDRA.- (De pie frente a HIPÓLITO, se pone las manos en las caderas, en actitud provocativa.) ¡Jugar!

HIPÓLITO.- (Estupefacto.) ¿Jugar? (Corta pausa. Con tono ligero.) Jugando disfrutamos, pero no se arregla nada...

FEDRA.- (En la misma actitud, balanceándose.) ¡Quién sabe! (HIPÓLITO la mira, hechizado. Ella se arregla el peinado o simula hacerlo, acentuando su figura.) Antes dijiste que este vestido te gustaba... ¿o ya no te gusto con él? (Adopta una actitud de seducción.)

HIPÓLITO.- (Feliz.) ¿Cómo podrías no gustarme? Gustarías a una piedra: eres más hermosa...

FEDRA.- (Le interrumpe.) ¡...Que las Gracias! Ya lo has dicho, amado mío. **(Corta pausa. Con tono ligero.)** Debes recordar que Perseo se casó con Andrómeda después de librarla del monstruo: ¡ese fue su premio! Tú tendrás que casarte conmigo... **(HIPÓLITO ríe con embarazo.)** ¡Ah!, ¿te ríes?, **(En tono de broma.)** ¡pues hablo muy en serio! **(Se acerca a la piel y recoge del suelo el ovillo cuyo cabo está atado al interior de la boca.)** Levántate y estira la piel, que está muy arrugada. **(Se aleja unos pasos, desenrollando hilo del ovillo. HIPÓLITO, entre tanto, ha extendido la piel del oso.)** Siéntate por ahí, que vamos a empezar. **(Deja caer al suelo el ovillo.)** Tú intervendrás cuando creas que debes hacerlo... Y no te olvides de lo que te he dicho, ¿eh? **(Casi insensiblemente comienza a bailar, con movimientos lánguidos y voluptuosos. Va hablando sin dejar de moverse, con cierta separación entre las frases.)** Mi vida en Creta era suave y grata... **(Sigue bailando. De improviso gira rápida, agitando su cabellera.)** ¡Qué alegres eran las fiestas! ¡Qué libertad! **(Paulatinamente, va imprimiendo lentitud a sus giros hasta que, suavemente, vuelve al pasado ritmo anterior, ahora con más sensuales actitudes.)** Pero había crecido demasiado de prisa... y a pasaba de los quince años, era una mujer... **(Su rostro se ha ensombrecido, los movimientos de la danza son cada vez más voluptuosos.)** Tenía que casarme, y fui entregada a un bárbaro aqueo... **(Sin dejar de bailar; se pone de rodillas. Mueve con ansiedad el torso y agita su cabellera.)** Ya soy una esclava lejos de su patria... ya las cadenas me atan a la tierra... **(Su danza continúa de rodillas, doblando el torso hacia atrás o adelante repetidas veces y barriendo el suelo con la cabellera.)** Pertenezco al sangriento Teseo, de torpes y brutales manos encallecidas por la espada... **(Prosiguiendo su baile, se tiende, ya sobre la espalda, ya sobre un costado; sus posibilidades de movimiento son ahora limitadas, pero aumenta el erotismo de su actitud. En el curso anterior de la danza, ha recogido del suelo, con disimulo, el ovillo del hilo, que mantiene oculto detrás de su espalda.)** Cuando Teseo se me acerca... **(Sin abandonar la voluptuosidad de su postura, tirando del hilo provoca lentos avances hacia ella de la piel del oso.)** ...siento un escalofrío lento y helado que me recorre el cuerpo... **(Se estremece; en adelante, sus frases son cortadas por aspiraciones penosas y gemidos; refleja ansiedad y angustia, y tiene el cuerpo entero palpitante.)** ...que se me anuda en la garganta como si tuviera dentro una culebra... **(Avanza el oso.)** Y la ansiedad me deja el vientre

(El oso permanece quieto. FEDRA le mira.)...sus ojos crueles me miran sin piedad...**(Sigue quieto el oso.)** ...buscando por mi cuerpo, escogiendo dónde morder... dónde clavar esos dientes ensangrentados... **(El oso avanza.)** ¡Ay, no! ¡No me comas, Teseo! **(El oso, ya muy cerca, permanece quieto.)** ¡No me muerdas! **(El oso avanza brevemente.)** ¡No, no! **(Compungida.)** Yo seré buena... te obedeceré... **(El oso avanza otro poco.)** ¡Ay, no! No te acerques más... prométeme antes no comerme... no me mates... **(Tendida en el suelo, intenta retroceder, pero lo hace muy poco; queda, como antes, con las manos atrás y la postura provocativa.)** Hueles a vino, me das asco... **(El oso avanza otro poco.)** ¡Ay, no me hagas daño! **(Con voz desfalleciente y pecho palpitante.)** Haz conmigo lo que quieras, pero no me hagas daño... **(Otro pequeño avance del oso, cuyo hocico ya casi la toca.)** ¡Ay! **(Suplicante.)** No, no me mates todavía... ten lástima de mí... **(El oso permanece quieto.)** Tómame, si quieres, pero no me mates... Soy muy bella, no me destroces... **(Tira enérgicamente del cordel girando al mismo tiempo sobre sí misma, con lo que se echa la piel del oso encima y, a la vez, con las manos ya libres coge la cabeza del animal y simula tratar de rechazarla; simultáneamente y repentinamente, se oyen gruñidos de un oso a los que se mezclan gritos de angustia de FEDRA, que parece luchar bajo él. HIPÓLITO, que ha comenzado la contemplación del juego con talante divertido, para pasar en seguida a una clara ansiedad erótica y por último a una angustia creciente, se precipita hacia ella, coge violentamente la cabeza del oso que sigue intentando rechazar, y de un tirón arranca la piel y la tira lejos, dejándose caer junto a FEDRA. La abraza, cubriéndola de besos y caricias. Permanecen así un corto espacio.)**

HIPÓLITO.- (Emocionado.) ¡Ha sido terrible! **(Besándola de nuevo.)** ¡Oh, madre, madrecita!

FEDRA.- (Abrazada a HIPÓLITO.) Tómame en tus brazos, querido mío... no me dejes nunca...

HIPÓLITO.- ¡Siempre estaré junto a ti, siempre! **(La toma en brazos, y se levanta con ella.)** ¡Cómo me has hecho sufrir!

FEDRA.- (Débil, como una niña.) Llévame a la cama, estoy angustiada...

HIPÓLITO.- (Tendiéndola en la cama con cuidado.) Los dos hemos sufrido, no jugaremos más a esto, ¿verdad? **(Se sienta en el borde de la cama.)** Prefiero verte bailar... **(FEDRA mira con angustia a HIPÓLITO, y desvía en seguida la vista, con tristeza.)** ¿Qué te pasa? ¿Por qué me has mirado así? Y te has quedado triste... ¿por qué? **(Cariñoso.)** Dime qué te pasa...

FEDRA.- (Abatida.) No es nada, amigo mío... A lo que veo, el juego ha terminado... y no te han quedado ganas de repetirlo.

HIPÓLITO.- (Alegre.) ¿Es por eso? ¡Pues lo repetiremos en cuanto quieras! ¿Lo hacemos ahora mismo?

FEDRA.- (Sombria.) No lo repetiremos nunca. Ha sido un completo fracaso...

HIPÓLITO.- (Perplejo.) ¿Por qué? Tú lo has hecho muy bien, y yo te he salvado en el momento crítico...

FEDRA.- (Impaciente.) ¡Tú no has jugado! **(Triste.)** No has intervenido en el juego, sino que lo has interrumpido, que es muy distinto... **(Pausa. HIPÓLITO está confundido.)** Tu papel era algo más que quitarme el oso de encima, te lo advertí antes de empezar, pero lo has olvidado. **(Incorporándose y bajando de la cama por la parte opuesta a la que ocupa sentado HIPÓLITO.)** Tu mala memoria resulta ofensiva para mí, es insultante... **(Pasea por la habitación.)** No habrá más juegos... es evidente que jugar no sirve de nada, y ya me he cansado de ser despreciada...

HIPÓLITO.- (Compungido.) ¡No, eso no!

FEDRA.- (Irritada.) ¡Sí, despreciada! ¡Despreciada!... ¡Oh!... a ti te gusta ser esclavo, ¿verdad? Te gusta pasarte la vida temblando y obedeciendo... pues bien, sigue así. Pero yo no he nacido para eso, yo no lo pienso soportar. Si tú no me haces libre, me haré libre y yo misma, dándome la muerte...

HIPÓLITO.- (La interrumpe, precipitándose hacia ella y abrazándose a sus rodillas.) ¡No, madre, no digas eso! ¡No lo pienses siquiera! ¿Qué haría yo sin ti? **(Llora, ocultando el rostro en el cuerpo de FEDRA.)**

FEDRA.- (Colérica.) ¿Tú?... (Se interrumpe. Repentinamente conmovida, acaricia la cabeza de HIPÓLITO.) Hijo, hijo mío, niño... (Se inclina a su vez y le abraza.) Niño, ¿qué es eso?... (HIPÓLITO solloza.) No, no, así no... (Tierna.) vamos, ven, siéntate... (Se sientan sobre la cama; FEDRA limpia las lágrimas de HIPÓLITO.) No quiero verte así, (Dulce.) ¿me oyes?

HIPÓLITO.- (Que se ha serenado un poco.) Madre, no digas nunca más lo que dijiste antes... (La abraza.) Dime lo que tengo que hacer... y yo haré lo que tú me digas...

FEDRA.- Nada, niño mío. No tienes que hacer nada, dejemos eso... tranquilízate.

HIPÓLITO.- Ya estoy muy tranquilo... (Con cierto miedo.) Ahora quiero saber... (Se interrumpe.)

FEDRA.- (Dulce, con esperanza.) ¿Qué quieres saber?... di.

HIPÓLITO.- ¿Cómo... (Vacila.) cómo serías tú libre?... ¿Ha de morir Teseo?

FEDRA.- No... (Mirando intensamente a HIPÓLITO.) Pero tengo que ser yo quien elija un amor.

HIPÓLITO.- (Pensativo.) Ya... tú no elegiste a mi padre, te casaron con él por conveniencia...

FEDRA.- (Rápida.) ¡Oh, eso no hace al caso! Aunque le hubiese elegido yo entonces, ahora estaría lo mismo... Mi amor solo lo tiene quien es mi único dios, el único a quien quiero... (En un arrebato, toma con las manos la cabeza de HIPÓLITO y le besa la boca ardientemente; él la abraza a su vez.)

HIPÓLITO.- (Apasionado.) ¡Oh, madre! ¡Oh, madre mía! Yo también te adoro... desde siempre... (Se separan un poco; HIPÓLITO acaricia la cara de FEDRA.) Pero... esto... (Se ensombrece y se separa, levantándose despacio, quedando de pie ante FEDRA.)

FEDRA.- (Dulcemente.) Hijo, ¿qué te ocurre? Dímelo... aunque ya lo adivino: a ti te parece... un poco extraño este amor nuestro, ¿verdad?

HIPÓLITO.- (Se aprieta la frente con una mano, y gira despacio, poniéndose de espaldas a FEDRA.) Extraño... no, madre... es mucho peor que extraño... es impío...

FEDRA.- (Con seguridad.) ¿Impío, dices? ¿Y por qué? ¿Por qué ha de ser impío que tú y yo nos queramos hasta donde el amor nos lleve? ¿Por qué hemos de poner límites a nuestro amor?

HIPÓLITO.- Madre, ese amor no incluye... (Se detiene.)

FEDRA.- Debe incluirlo todo, si no quieres mutilarlo... (Dulce, pero apremiante.) Hipólito, ¿quién pone barreras a nuestro cariño? Solo Teseo, ¿no? ¡Pues bien, luchemos contra él! (Corta pausa. Suasoria.) Los dos queremos ser libres... ten valor...

HIPÓLITO.- (Tras corta pausa. Irresoluto.) Entonces... ¿es imprescindible que tú... seas mi mujer?

FEDRA.- (Entristecida, sin mirarle.) Si no me deseas como mujer, no solo no es imprescindible, sino ni siquiera conveniente. En ese caso, busca a otra que provoque tu deseo y será para ti una representación mía... ¡También yo podría sustituirte por una representación, pero no pienso prostituirme, prefiero quedarme como estoy. (Pausa muy corta.) Busca otra...

HIPÓLITO.- Solo te quiero a ti, y a lo sabes...

FEDRA.- He dicho como mujer.

HIPÓLITO.- Pues como mujer... ¿hay alguna en el mundo que pueda compararse a ti? No podría buscar otra aunque quisiera... Si he de entregarme a una mujer, no puede ser a nadie más que a ti... las demás no valen nada...

FEDRA.- (Pausa. Besa a HIPÓLITO tiernamente. Después, ríe.) A tu padre empezaba a molestarle tu virginidad... No sabía el bruto que me la guardabas a mí...

HIPÓLITO.- (Confuso.) Yo mismo no lo sabía...

FEDRA.- Pero ahora lo sabes... (Coge con ambas manos la cara de HIPÓLITO.) y lo sé yo... (Le besa.) No creo haber tenido en mi vida un momento de felicidad como este.

HIPÓLITO.- (Vacila.) Entonces... ¿tú y yo... tenemos que...?
(Se interrumpe.)

FEDRA.- (Mimosa, se vuelve de espaldas a HIPÓLITO, muy cerca de él.) Por supuesto, querido mío. **(Al mismo tiempo, levanta la cabeza ofreciendo los labios. Los besa HIPÓLITO suavemente, y habla en seguida.)**

HIPÓLITO.- (Sin separarse de FEDRA.) Debe de estar cayendo la noche...

FEDRA.- (Sin oírle, en la misma postura. Dulce.) ¡Cuánto te has resistido!... Era el miedo, ¿verdad?

HIPÓLITO.- No sé... Ya debe de ser de noche...

FEDRA.- Será nuestra noche de bodas... Esta tarde, el trabajo de adornar nuestro tálamo no habrá sido baldío...

HIPÓLITO.- (Intranquilo.) Pero si no vamos a cenar... y yo me quedo aquí... lo van a notar... Piteo y Etra van a comentarlo...

FEDRA.- (Lánguida.) Y qué nos importa...

HIPÓLITO.- Pueden extrañarse... y mi padre...

FEDRA.- ¡Bah! No pienses ahora en tu padre... **(Apoya las manos en la cama.)** Esta noche, él tiene que morir aquí, para que nazcamos nosotros...

HIPÓLITO.- (Absorto.) Morir...

FEDRA.- (Acariciándole.) Nosotros le mataremos... nuestro amor le destruirá...

HIPÓLITO.- (Se sienta ere la cama. Angustiado.) ¡Oh, madre...!

FEDRA.- (Risueña.) Pero no le compadezcas... ni siquiera se va a enterar...

HIPÓLITO.- (Casi temblando.) ¿Qué es lo que vamos a hacer?

FEDRA.- (Le echa los brazos al cuello.) ¿Me quieres mucho? (HIPÓLITO la besa sin contestar; y luego suspira hondo.) Me parece que sí... (Besa, rápida y breve, a HIPÓLITO, y se levanta.) Tenemos que darnos prisa... (Levanta las ropas de la cama. Risueña.) ¡Estoy impaciente! (Se medio sienta junto a las almohadas y tiende una mano a HIPÓLITO, con una sonrisa alentadora.) ¡Ven! (HIPÓLITO comienza a incorporarse para acercarse a ella, pero vacila.) No hagamos esperar a la libertad... (Acariciando las almohadas.) ella esta aquí, esperándonos... (Con tono muy dulce.) Yo te adoro... (HIPÓLITO coge una mano de FEDRA y cae hacia adelante, quedando su cabeza en el regazo de FEDRA, que se inclina y le habla muy cerca, casi al oído, con voz susurrante, pero muy clara.) ¿Tienes miedo de la libertad, niño mío? ¿Verdad que no? Cuando estés en ella, sí que te dará miedo mirar atrás y ver la oscuridad en que ahora vives... porque la libertad es luz, la libertad es sabiduría, siendo libre serás hombre... ¡qué maravillosa aventura! ¡Seremos seres humanos! ¿No te seduce? Aunque no me amases, tendrías que entusiasmarte. (HIPÓLITO abraza la cintura de FEDRA.) Ser hombre y ser libre es lo mismo, Hipólito, es poder elegir... (Ha alzado la vista, como en éxtasis, HIPÓLITO la esta mirando intensamente.) Sin que nadie decida por nosotros, con arreglo a nuestro propio criterio, distinguiremos entre el bien y el mal... ¡Seremos como dioses! (Corta pausa. Baja la vista, y se encuentra con la mirada de HIPÓLITO. Con tono de dulce reproche.) Niño, tú no me quieres... ¿por qué?, ¿por qué me haces esperar? Yo ya he hecho mi parte, haz tú la tuya... ¿No ves que es para mí más importante que mi vida? Y para ti también, aunque aún no lo sepas... (Le besa con ternura.) No tengas miedo ya de Teseo, vamos a ser como él... (Se pone de pie.) Ven, dame un beso. (HIPÓLITO se levanta, abrazando la cintura de FEDRA en tanto que estale abraza el cuello. Se besan largamente, mientras FEDRA obliga a HIPÓLITO a girar poco a poco; cuando siente que tiene la cama detrás, se deja caer de espaldas, arrastrando a HIPÓLITO sobre ella. Quedan tendidos de través, besándose aún. Se oye un doliente gemido.)

HIPÓLITO.- (Incorporándose, atemorizado.) ¿Qué ha sido eso?

FEDRA.- (Serena.) ¿El qué?

HIPÓLITO.- (Procurando escuchar, mientras se tranquiliza.) Ese gemido... tienes que haberlo oído... alguien se ha quejado...

FEDRA.- (Ríe.) Sí, alguna puerta...

HIPÓLITO.- (Más tranquilo.) ¿Una puerta? ¿Qué puerta?

FEDRA.- (Riendo.) Si corriste el cerrojo al entrar, la nuestra no ha sido... y otra cualquiera no nos importa... (Irónica y dulce.) ¿Te asusta el ruido de una puerta, valiente cazador?

HIPÓLITO.- (Totalmente tranquilizado, al parecer.) La nuestra está bien cerrada, eso es seguro... (FEDRA ríe.) Te parezco muy miedoso, ¿verdad? (FEDRA ríe más alto. HIPÓLITO ríe también, y la toma en sus brazos, girando sobre sí mismo.) Eres tú muy risueña...

FEDRA.- (Excitada.) Ponme seria tú. (Excitado a su vez, HIPÓLITO la cubre de besos mientras la palpa con las manos, dejando escurrir el cuerpo de FEDRA sobre el borde de la cama.) Ven... vamos. (Le arrastra consigo sobre el lecho.)

HIPÓLITO.- (Sin dejar quietas las manos ni la boca.) Sí... Sí... (Tropa a la cama, echándose sobre FEDRA sin dejar de tocarla y besarla.)

FEDRA.- (Abrazándole con toda su fuerza.) ¡Ay, ven aquí!... ¡Te voy a comer, te voy a tragar! (Ambos se abrazan apasionadamente, tendidos a lo largo.) He de comerte y volverte a tu sitio... dentro de mí... ¿por qué te escapaste, malvado?

(Se oye un estridente alarido. HIPÓLITO se incorpora, y mira hacia la puerta. Junto a ella ha aparecido el ESPECTRO DE TESEO, cubierto de sangre y harapos. Su aspecto lamentable no oculta, sino que resalta una apostura digna y noble. HIPÓLITO, paralizado por el terror, gime.)

HIPÓLITO.- ¡Ay, padre, padre!

FEDRA.- ¡Hijo, qué dices! ¿Qué tienes?

HIPÓLITO.- (Se levanta poco a poco, por lo parte opuesta a la puerta, sin dejar de mirar al ESPECTRO, y señalándole con un dedo tembloroso.) ¡Ahí!... Ahí está mi padre, asesinado...

FEDRA.- (Incorporándose también, mirando a HIPÓLITO muy afectada.) ¡No hay Nadie!... ¡No hay nada!...

HIPÓLITO.- (Ya de pie, desencajado, continúa señalando.) Está detrás de ti... el espectro de mi padre...

FEDRA.- (Sentada en la cama, nerviosa.) Tu padre está vivo en Atenas... eso es solo una broma del miedo... (Mueve el rostro, ve el ESPECTRO, y se estremece.)

HIPÓLITO.- Madre, ¿lo ves tú?

FEDRA.- (Procurando ser fuerte.) Eso que ves no es real... ni siquiera es una sombra escapada del Hades... es solo un espectro creado en nuestra mente... (No deja de mirar al ESPECTRO y, poco a poco, se levanta, acercándose a HIPÓLITO.) Te parece que está parado junto a la puerta, ¿verdad? ¡Pues no es cierto, no está ahí! Solo está dentro de nosotros... (Intentando vencer su propio miedo.) Es un pobre delirio, un malestar de tu alma que me has contagiado a mí... ¡Hipólito, no le hagamos caso!

HIPÓLITO.- (Temblando, al ESPECTRO.) ¡Padre, padre! ¡Te juro que no ha pasado nada! (Extiende sus manos temblorosas.) Esa sangre tuya y yo no la he derramado, mira... Siempre te he respetado, siempre... (Se tapa el rostro con las manos.)

EL ESPECTRO.- (A HIPÓLITO.) Y si siempre me has respetado, ¿por qué ocultas tu rostro? No te tapes, mírame: mira lo que has hecho con tu padre, esta es tu obra. ¿Por qué lo has hecho, hijo? ¿Tan malo fui yo para ti? ¿Por qué?

HIPÓLITO.- No te dirijas a mí, padre... yo no he hecho nada, soy inocente... (Señala con el dedo a FEDRA.) Trajiste a esa mujer de Creta para dármela como madre... tú me la diste, y ella lo ha hecho todo... Me ha seducido con malas artes, me ha engañado, ¡me ha engañado!

EL ESPECTRO.- (A FEDRA, que ha perdido el valor mientras hablaba HIPÓLITO.) ¿Qué dices tú, mujer? ¿No has oído cómo ese te acusa? (Pequeña pausa, en que el ESPECTRO avanza hacia FEDRA, y esta retrocede desmoralizada.) ¿Eres tú quien atenta contra mí?

FEDRA.- (Descompuesta.) ¡No! ¡Yo no he sido! (Suplicante.) Yo he sido más víctima que culpable...

EL ESPECTRO.- (Sarcástico y amargo.) Entonces, ¿quién es el culpable? ¿A quién acusas tú?

FEDRA.- (Señalando a HIPÓLITO.) A esa serpiente que tú engendraste... Mírala. es rastrera y sinuosa, toda su vida ha buscado el calor de mi pecho para morder ahora traidoramente, cuando me decido a darle abrigo... y a ti te ha envidiado siempre, desde su rincón te miraba anhelando suplantarte, y solo por su cobardía salvaste la vida... Cuando te movías, se escurría por una rendija para ocultar su justo miedo con pretexto de la caza, y apenas tú dejabas el palacio, se deslizaba en mi aposento ondulando por el suelo, para calentar en mi regazo su sangre de hielo... Así consiguió engañarme...

HIPÓLITO.- ¡Oh, padre, no la escuches! ¡Todo eso son mentiras!

EL ESPECTRO.- Ya os he escuchado a ambos. Escuchadme ahora vosotros a mí: los dos sois culpables. Los dos.

HIPÓLITO.- (Cayendo de rodillas, mientras FEDRA se tapa la cara con las manos.) No, no... yo, no... yo, no...

EL ESPECTRO.- (Con desprecio.) Una conjuración repugnante. (A FEDRA, que se ha descubierto el rostro y trata de reaccionar.) Aunque la oscura conducta de Hipólito fuera para ti una invitación, tú has sido la instigadora... (FEDRA vuelve la cabeza a un lado. A HIPÓLITO.) Y tú... tú te has dejado seducir muy fácilmente, demasiado fácilmente, porque tus naturales inclinaciones estaban de acuerdo con las sugerencias de tu madre...

HIPÓLITO.- (Poniendo la cara en el suelo.) No, no es verdad, no... (Solloza.) Yo te quiero, padre...

EL ESPECTRO.- (Retrocediendo tracia la puerta.) Vida por vida... Ambos moriréis en esta misma noche.

(Sale. HIPÓLITO, caído en el suelo, solloza más fuerte. FEDRA se pasa la mano por la frente, tratando de reaccionar)

FEDRA.- Nunca hubiera creído que el miedo obrara tales prodigios... ¡Por Hécate, aún tiemblo! ¿Quién lo diría? No me tenía por miedosa, pero el pavor se contagia como la lepra... Veía a Teseo en forma de espectro, cuando él está ahora en la colina de Erecteo, allá en Atenas, emborrachándose con Píritoo... Cuando él me ofende a mí, ¿verá mi fantasma? **(Ríe levemente.)** ¡Seguro que no! **(A HIPÓLITO, que sigue en el suelo aunque ya no solloza.)** Querido mío, tenemos que ser más fuertes, esto ha sido vergonzoso... Aún tiene todo arreglo, basta con proponérselo... **(Se acerca a HIPÓLITO, apoyándole una mano en el hombro.)** Ven...

HIPÓLITO.- (Huyendo rápido del contacto de FEDRA.) ¡No me toques!... No me toques...

FEDRA.- ¡Cómo! ¿Aún ves al espectro? **(Recorre, con algo de inquietud, la habitación con la vista.)** Yo y a no lo veo... Si vences tu temor, tampoco tú lo verás. Vamos, levántate... **(Acerca de nuevo la mano a HIPÓLITO, y este la huye como antes, poniéndose en pie.)**

HIPÓLITO.- ¡Te he dicho que no me toques! **(Pausa. FEDRA está consternada.)** Tú ya no lo ves, y estás otra vez muy tranquila, ¿verdad? ¡Pues yo lo veré ya siempre! ¡Lo tengo aquí! **(Se golpea la frente con la mano.)**

FEDRA.- (Con acento tranquilo.) También lo tenías ahí antes, nunca ha estado en otro sitio... Cuando un perro ha robado un pan y espera que su amo lo castigue, se forja sin duda un espectro de su amo como ahora hemos hecho nosotros... ¡Somos los perros de Teseo! ¿Vamos a seguir así?

HIPÓLITO.- (Dirigiéndose hacia la cama y recogiendo su capa, que sigue sobre ella.) Tú puedes hacer lo que quieras, y yo no tengo nada que ver contigo... (Se echa la capa sobre los hombros.)

FEDRA.- (Que se ha acercado también.) ¿Que no tienes nada que ver conmigo? ¿Pues no eres tú mi hijo?

HIPÓLITO.- Ya no soy hijo de nadie... quiero ser solo yo. Me iré lejos, donde nadie me conozca ni sepa el nombre de mis padres... donde la gente pueda pensar que nadie me engendró... (Va a marcharse, pero FEDRA le sujeta por detrás del cuello cogiendo la capa que, sobre sus hombros, cae por delante a ambos lados del pecho. Sugieren la imagen de José y la mujer de Putifar.)

FEDRA.- ¿Y yo qué? (Se queda con la capa en las manos.)

HIPÓLITO.- (Al otro lado de la cama, se detiene.) ¿Tú? Bastante tengo con pensar en mí mismo, ¿no crees?

FEDRA.- (Irritada.) ¿Pensar en ti mismo? Los mejores años de mi vida no los pasé pensando en mí, sino en ti.

HIPÓLITO.- (Irritado a su vez.) ¡Te lo agradezco mucho! Pero, ¿sabes qué te digo? (Acercando la cabeza a FEDRA por encima de la cama, con odio.) ¡Que me voy!

FEDRA.- (Despechada.) ¡Pues anda y vete, ingrato! ¡Vete y déjame tirada, si crees que ya no te puedo ser útil! (HIPÓLITO alarga la mano para coger la capa que FEDRA conserva en las suyas, pero esta la oculta detrás de sí.) Espera, no tengas tanta prisa.

HIPÓLITO.- (Por la capa.) No pienses que me retienes, me iré sin ella. (Se dirige a la puerta.)

FEDRA.- (Corriendo tras él.) ¿Te vas de Trecene?

HIPÓLITO.- (Deteniéndose.) Sí, ya te lo he dicho.

FEDRA.- Pero es de noche, no irás a viajar a oscuras.

HIPÓLITO.- Hay buena luna, y me ahorro despedidas.

FEDRA.- (Dulce.) ¿Y no sería mejor que esperases a mañana, y entre tanto hablaríamos para ver de entendernos como siempre nos hemos entendido?

HIPÓLITO.- No, no sería mejor. Ya te he dicho cuanto tenía que decirte, y no tengo nada que añadir.

FEDRA.- (Colérica.) ¡Lo único que me has dicho es que no tienes nada que ver conmigo!

HIPÓLITO.- Lo suficiente. **(Se dirige a la puerta.)**

FEDRA.- (Sujetándole por un brazo.) ¡Nada de suficiente! **(HIPÓLITO se desase, y va hacia la puerta.)** ¡No te vas a librar de mí, te lo juro. **(HIPÓLITO sale, y FEDRA se asoma a la puerta.)** ¡No te irás! ¡No corras! **(Sale ella también; se la oye gritar.)** ¡Hipólito, no te vayas! ¡Ven aquí! **(Más fuerte.)** ¡Ven aquí, te digo! ¡Te arrepentirás de esto, ingrato! ¡Yo haré que te pese! **(Más fuerte.)** ¡Vuelve! **(Aún más fuerte.)** ¡Vuelve, maldito!

(Silencio. Se hace el oscuro.)

SEGUNDO ACTO

El espacio escénico ha recobrado el aspecto que tenía al comienzo del acto anterior. Han desaparecido los elementos ambientales o funcionales que, si se ha considerado oportuno, hayan podido utilizarse durante el relato de FEDRA. Esta se halla ante los DIOSES SUBTERRÁNEOS, vistiendo de nuevo los grises ropajes de los muertos. Las sombras de los difuntos continúan vagando en torno y, de vez en cuando, dejan oír algún suspiro.

HADES.- Mujer, tu relato me ha sorprendido grandemente. No es esa la idea que teníamos de la historia, en absoluto. Yo reino sobre los muertos y amo la tranquila paz, por eso gusto de lo seguro y uniforme, y aborrezco la contradicción y la duda. No sé qué pensar de ti, y eso me molesta.

FEDRA.- No habré sido hábil narradora, pero he dicho la verdad.

HADES.- Puede ser... Pero, en todo caso, lo que nos has contado no concuerda con nuestras noticias.

FEDRA.- (Temblando de emoción.) Os habían hablando de mí... Fue Hipólito, ¿verdad?

PERSÉFONE.- (Afectuosa y triste.) Sí, fue Hipólito.

HADES.- También nos repitió su última conversación contigo... pero su versión es muy distinta de la que tú nos has dado.

FEDRA.- (Con extrañeza y desaliento.) ¿Muy distinta?

PERSÉFONE.- Calló detalles que tú has dicho y, en cambio, dijo otras cosas... quizá por pudor...

HADES.- (Algo burlón.) Hipólito era muy pudoroso, ¿verdad?

LA SOMBRA.- (De las varias que hay en escena, con voz doliente.) ¡Basta, basta, os lo suplico!

HADES.- (Todos han mirado a LA SOMBRA.) ¡Oh, ahí le tenemos!

LA SOMBRA.- Os ruego que no sigáis removiendo esos sucios recuerdos y, si es posible, que os olvidéis de mí... Compadecedme, y dejadme con mi dolor...

FEDRA.- (Con gran ansiedad da un paso hacia la sombra y esta, aunque aún está lejos, la rechaza con un gesto de las manos. FEDRA se queda quieta, pero habla con ternura.) ¡Hipólito, hijo! ¿Qué dolor es el tuyo?

HADES.- (HIPÓLITO no ha intentado contestar.) ¡Oh, es el dolor de estar muerto!... Es muy común aquí.

LA SOMBRA.- (A los DIOSES, con tono lastimero.)
Olvidad los sucesos de Trecene, ¿qué pueden importar ya?

HADES.- A mí sí me importan. (Severo.) Y tú no lo has dicho todo, pues Fedra ha dado detalles que no diste tú.

LA SOMBRA.- (Con vehemencia.) Sí, sí lo dije todo... Es ella quien ha mentido...

PERSÉFONE.- (Algo despectiva.) ¿Has oído entero el relato de Fedra?

LA SOMBRA.- (Afirmando levemente.) Hay en él muchas mentiras...

HADES.- Pues vas a repetir tus verdades delante de ella... Veamos si la convences. Estoy decidido a saber la verdad de todo esto.

LA SOMBRA.- Hablaré y mira, poderoso Hades, que lo que yo diga será la única verdad...

PERSÉFONE.- (Como antes.) ¿Y cómo sabes que será la única? A lo sumo, será la tuya...

HADES.- (A PERSÉFONE.) La verdad debe ser una y la misma para todos. (A la SOMBRA.) Empieza.

LA SOMBRA.- (Se hace el oscuro, y solo queda un foco que ilumina exclusivamente a HIPÓLITO, que se quita la harapienta veste. Está vestido como en la escena en que apareció vivo, sin la capa.) Era yo muy niño cuando Teseo celebró segundas nupcias con esa mujer de la fatal estirpe de Minos. Pasaron los años, y crecí en el amor y la veneración a mi padre, y en el respeto y la deferencia a su nueva esposa, bien ajeno por cierto al desastrado destino que me estaba reservado por causa de la lujuria de mi madrastra cretense.

(Se hace la luz, poco a poco. Ha reaparecido el dormitorio de FEDRA en Trecene. Esta se halla inmóvil y semiechada en la cama, con la indumentaria que tenía en la acción anterior.)

Mirando por nuestra seguridad, mi padre nos había enviado a los dos a la ciudad de Trecene y, a los pocos días de estar allí, ella me ordenó que fuese a verla a su aposento, de donde apenas salía...

(Se apaga el foco que alumbraba a HIPÓLITO. Pausa. Entra este por la puerta de la habitación con la capa sobre los hombros, como la otra vez que entró.)

Tu sierva me ha dicho que venga, pues tienes algo que decirme...

FEDRA.- (Incorporándose, nerviosa.) Sí... te he llamado porque estoy intranquila... No tenemos noticias de tu padre...

HIPÓLITO.- Las tendremos pronto. Él no nos olvida y no querrá que pasemos angustias innecesarias... Es aún muy poco tiempo, ten paciencia.

FEDRA.- Tienes razón... Debes pensar que soy muy necia...

HIPÓLITO.- Pienso que te tiene impaciente y en cuidado el amor que sientes por tu esposo.

FEDRA.- Eso es verdad... le quiero más que él a mí.

HIPÓLITO.- Tampoco es justo que digas eso, madre...

FEDRA.- (Triste.) ¿No es justo decir la verdad? **(Dulce.)** Pero no me llames madre, ya te lo he dicho otras veces... Reserva tan dulce título para honrar la memoria de aquella que te llevó en su vientre...

HIPÓLITO.- También tú lo mereces por tu bondad, y tienes derecho a él como esposa de Teseo.

FEDRA.- Si de esposa de Teseo vengo a ser su viuda, tendré que vivir bajo tu amparo y más pareceré tu hija que tu madre...

HIPÓLITO.- ¿Y cómo se te ocurre pensar tan sin motivo en la muerte de un padre? Tiene ante sí muchos años de vida.

FEDRA.- Nos ha enviado a Trecene para que estemos seguros mientras él se queda luchando, ¿cómo podría no temer?

HIPÓLITO.- ¿A qué sufrir por un mal que no se ha producido?

FEDRA.- De discretos es estar siempre prevenidos para lo peor.

HIPÓLITO.- Pues no es discreción el permanecer encerrada, turbando el pensamiento con tristes presagios, sin ver la luz del día ni tomar el aire; así vas a enfermar... ¿Por qué no sales a la ciudad, ni a pasear por el campo? Ni siquiera te reúnes a comer con la familia de aquí...

FEDRA.- ¿Comer? ¿Y acaso crees que me es ya posible? No, no puedo salir de aquí... Con más luz, la vista de mi semblante sería motivo de aflicción.

HIPÓLITO.- (Alarmado.) ¡Pero qué dices! ¿Estás enferma?

FEDRA.- (Asintiendo tristemente.) Y demasiado tiempo he estado de pie, me echaré un poco... (Se reclina en la cama.) Y tú, siéntate aquí... (Señala el borde de la cama, donde HIPÓLITO se sienta. Con tono de dulce reproche.) Eres igual que tu padre... ni siquiera hubieses advertido mi estado de no decírtelo yo...

HIPÓLITO.- (Con tono de torpe excusa.) Sí, sí que lo vi... ¿Por qué no has avisado? Ha de venir alguien que te cure, necesitas cuidados...

FEDRA.- Lo que yo tengo, Hipólito, no lo pueden curar los cuidados de los médicos. Y puedo asegurarte que, a pocos días que demore tu padre su venida, habrá de saludarme vertiendo libaciones en mi túmulo...

HIPÓLITO.- (Ríe, para animarla.) Sigue, sigue insistiendo en pensar siempre lo peor.

FEDRA.- Ojalá fuera eso... Ven, acércate... (HIPÓLITO se sienta más cerca de la cabecera. FEDRA se incorpora un poco y, alargando una mano, acaricia sus cabellos.) Tendrás que cortar esos lindos cabellos para honrar mi sepultura...

HIPÓLITO.- No se te ocurra pensar esas cosas. (**Coge la mano que FEDRA tiene en su cabeza y la besa con sumo respeto. Al mismo tiempo, ella, con el brazo libre, rodea el cuello de HIPÓLITO.**)

FEDRA.- Bien mío, ¿de verdad, sentirás mi muerte? ¿Me quieres un poco?

HIPÓLITO.- (**Desligando de su cuello, con cuidado pero sin vacilación, los brazos de FEDRA.**) ¿Cómo puedes dudarlo? Pero no lo pienses más, te pondrás bien en seguida.

FEDRA.- (**Reclinándose despacio.**) Sí, algo me quieres, algo me tienes que querer... Verdaderamente, jamás he sido una madrastra para ti...

HIPÓLITO.- Siempre has sido una madre, y lo seguirás siendo.

FEDRA.- (**Con viveza.**) No; una madre, tampoco... Digamos una hermana, o mejor una compañera, una amiga...

HIPÓLITO.- Más que eso: una verdadera madre.

FEDRA.- (**Impaciente.**) Más que eso, sí. Pero una madre, no.

HIPÓLITO.- (**Ingenuo.**) ¿Pues qué, entonces? No te entiendo.

FEDRA.- ¿No me entiendes? Ven, deja que vea tu cara... (**Incorporándose, enmarca con sus dos manos el rostro de HIPÓLITO.**) Tú no sabes cómo era tu padre cuando era más joven, cuando fue a Creta por mí... Era algo mayor de lo que tú eres ahora pero, de todos modos, si quieres saber como era entonces Teseo, mírate a ti mismo...

HIPÓLITO.- Cada vez que hablas de ese parecido me llenas de orgullo.

FEDRA.- De aquel juvenil Teseo son esos límpidos ojos, suyos tus frescos labios y esa forma del rostro, que aún no oculta la agreste maraña de la barba... ¿Cómo no amarte, si eres él?

HIPÓLITO.- Ojalá mi conducta le imite tan fielmente como un rostro...

FEDRA.- Pues aplícate a ello... Ven, acércate más... reclínate un poco aquí, a mi lado... (**HIPÓLITO la obedece a medias, con extrañeza.**) ¿Quieres imitar a Teseo, dices? Haz, entonces, lo que él hace: ejercítate con sus armas cuando él no las usa, recorre y labra sus heredades, utiliza todo lo suyo... en fin, imítale dentro de casa antes de hacerlo a lo ancho de Grecia...

HIPÓLITO.- (**Volviéndose a sentar era la cama, donde estaba semiechado.**) Ese es un consejo que me complace, y he de seguirlo...

FEDRA.- Pues, ¿a qué esperas? (**Pone sus manos en los hombros de HIPÓLITO.**) Ven... Ya has vencido tu primer combate porque, verdaderamente, para mí no hay más Teseo que tú...

HIPÓLITO.- (**Aunque sin comprender del todo, se levanta de un salto, asustado.**) ¿Qué estás diciendo, madre? ¿Qué quiere decir eso?

FEDRA.- (**Incorporándose a su vez, y quedando sentada en la cama.**) ¿Es posible que no lo hayas comprendido? (**Ya sin autodomínio, que ha ido perdiendo a lo largo de la escena.**) ¿No quieres parecerme a tu padre? Pues, ¿por qué no te le pareces amándome a mí?

HIPÓLITO.- (**Paralizado por el estupor**) ¡Madre!... madre, ¿cómo puedes decir eso? Sin duda es la enfermedad lo que te hace hablar así...

FEDRA.- No, no es la enfermedad la causa de mis sentimientos, sino su consecuencia... Son muchas lágrimas tragadas sin que broten, son muchas palabras amordazadas en mi pecho, son muchas ansiedades estranguladas en mi corazón, son muchos deseos ahogados en mis entrañas... y muchas noches sin dormir, y muchos días sin descanso, y mucho terror, y mucha indignación, y mucho combate en mi alma, con victorias, con derrotas... y ya no puedo más, y a he enfermado y en breve moriré... Pero antes de morir te lo digo, quiero decírtelo, que sepas que en mi muerte tú tienes tu parte, que no que darás limpio de ella si no te apiadas de mí... **(Se echa a los pies de HIPÓLITO pero, a la vez, este retrocede rápido, quedando FEDRA arrodillada lejos de él.)** Te amo y no puedo vivir ya más sin ti... te lo suplico, no me rechaces, aunque solo sea por lástima... Mirar que es de verdad que me voy a morir... ¡Oh, Hipólito!, te juro que esto no ha sido voluntad mía, soy tan inocente como tú mismo: son los dioses quienes me han traído a este estado, ellos me han echado aquí a tus pies, ellos me obligan a mendigarte que seas mi amo... Compadéceme, pero no me desprecies. No sabes cuánto he sufrido, no puedes saberlo... Y voy a perder la vida, te lo juro... pero eso no me importa, al contrario: espero la muerte como un beneficio, pues esta tortura es superior a mis fuerzas, es mil veces peor que el Averno... no está el sediento Tántalo, junto al agua que no puede tocar, tan castigado como yo aquí, viéndote siempre y sin poder llegarme a ti... ¡Oh, cómo he luchado para no llegar a esto!, ¡qué agonía en mí misma, para evitar esta vergüenza!... Pero ya no me importa nada, estoy a las puertas de la muerte y tengo derecho a defenderme... tengo derecho por los menos a tu piedad, si es que no puedo aspirar a tu amor... y si tampoco soy digna de un poco de piedad, entonces moriré como si no te hubiese hablado, y por causa de mis palabras nada se habrá perdido...

HIPÓLITO.- ¿Nada se habrá perdido, dices? ¿Es que tu honor no es nada? ¿O quizá crees conservarlo después de tan vergonzosa confesión? Si hubieses callado hubiese muerto una mujer honrada; pero así, menos vales viva que muerta... Y con ese llamamiento a mi compasión, ¿pretendes que profane el tálamo de mi propio padre, para evitar que muera una perdida? ¡Muérete mil veces, y ojalá hubieras muerto antes de abrir la boca!

FEDRA.- ¡Oh, Hipólito! ¿Cómo tienes corazón para hablarme así? ¿No ves cómo estoy?

HIPÓLITO.- Sí lo veo, p or desgracia. Para vergüenza tuya y asco mío...

FEDRA.- (**Levantándose, colérica.**) ¿Conque te doy asco?

HIPÓLITO.- (**Hiriente.**) ¡Sí! ¡Asco, asco, perdida!

FEDRA.- ¡Pues esta perdida te va a perder a ti! ¡Eso es lo que va a hacer!... Si tú, que eres tan virtuoso, no has tenido lástima de mí, yo, que soy una perra, no tengo por qué tenerla de ti... Hablaré con tu padre en cuanto le vea, o le mandaré un mensaje, para que sepa cuanto antes lo criminal que eres...

HIPÓLITO.- (**Irritado y burlesco.**) ¿Vas a acusarme de no haber querido acostarme contigo?

FEDRA.- (**Concentrada, con odio y frialdad.**) Voy a acusarte de haberme violado.

HIPÓLITO.- ¡Mereces que te mate! (**Hace ademán de salir, y FEDRA le coge la capa, como en la misma circunstancia de la anterior escena.**)

FEDRA.- ¡No, no te vayas! ¡Espera! (**Intentando sujetarle.**) No he dicho nada. Haz cuenta de que no he dicho nada...

HIPÓLITO.- (**Desasiéndose y saliendo a toda prisa.**) ¡Demasiado has dicho!

(**Oscuro total. Mezclada con el ruido de un fuerte viento, y medio oculta por él, se oye la VOZ DE FEDRA.**)

VOZ DE FEDRA.- (**Cada vez más débil.**) ¡Hipólito, no te vayas! ¡Ven aquí!... ¡Ven aquí, te digo! ¡Te arrepentirás de esto, ingrato! ¡Yo haré que te pese!... ¡Vuelve!... ¡Vuelve, maldito!

(**Se oye un fuerte galopar de caballos y el estrépito de un carro; algún relincho. Ruido de tormenta. Al tiempo que va volviendo el silencio, se enciende un foco aislado que ilumina a HIPÓLITO, ya revestido de sus grises harapos, frente a los DIOSES.**)

HIPÓLITO.- Con el corazón ardiendo de cólera, corrí cuanto pude y salí de la ciudad en mi ligero carro. Era muy clara la noche y, al llegar junto al mar, vi en su orilla un resplandor rojizo y un monstruo que, con los pies sumergidos en el agua, subía hacia la playa dirigiéndome su mirada. Yo sentí al pálido espanto apoderarse de mis miembros, y fui tan aprisa como pude, fustigaba a mis caballos sin cesar por correr más, pero siempre notaba junto a mis espaldas la presencia de aquella terrible bestia. Un cubo golpeó en el tronco de un olivo, y el eje se quebró deshaciéndose el carro. Como iban mis brazos envueltos y enredados por las largas riendas, los feroces caballos arrastraron mi cuerpo en su veloz carrera, dándome la más cruel de las muertes. Las puntas de las piedras y los nudos de los troncos desgarraban mi carne, oía el sonido de mis huesos al quebrarse, y fui sintiendo cómo se rompían y saltaban mis nervios y tendones y cómo mis vivientes entrañas salían de mi vientre y se enredaban en mis piernas, hasta que al fin las Parcas cortaron mis hilos. Esta es toda la verdad, oh, dioses infernales. Ved si me ha hecho sufrir esa mala mujer que tanto dice amarme...

(Se desvanece la luz del foco, sustituida por la iluminación habitual. Entretanto, ha desaparecido todo elemento decorativo que sugiriese la habitación de FEDRA, el aspecto del espacio escénico es idéntico al del comienzo del acto.)

HADES.- **(Corta pausa.)** Tras oír vuestros dos relatos, solo una cosa aparece razonablemente clara: que uno de los dos miente.

HIPÓLITO.- **(Con vehemencia, señalando a FEDRA.)** Sí, ella os ha mentado con toda su boca... ha mentado para mancharme a mí, para hacerme partícipe de su culpa y cómplice de su crimen... Para atribuir a mi miedo la repulsa que recibió de mi virtud...

PERSÉFONE.- **(A FEDRA, que permanece callada.)** ¿Y tú, qué dices, Fedra? ¿No contestas nada? Puedes decir a tu vez que él miente para salvar la fama de su pureza...

HIPÓLITO.- ¡Oh, venerandas deidades de los muertos! Yo os suplico que me creáis, pues no tengo más bien que mi inocencia, y seríais injustos si me despojaseis de ella por complacer a una malvada...

FEDRA.- (Triste.) ¡Hijo mío, qué ciego estás! Ama a tu madre, y serás inocente...

HIPÓLITO.- A mi madre, pero no a ti. Tú no me pariste.

FEDRA.- Tan hijo mío eres como si hubieses vivido en mis entrañas.

HIPÓLITO.- ¡Ah, no decías eso cuando me llevabas a tu cama!

FEDRA.- (Dolida.) Ya te he oído, esa ha sido la más odiosa de tus mentiras.

HIPÓLITO.- ¿Mis mentiras, dices?

FEDRA.- (Violenta.) ¡Sí, tus mentiras! Has dicho que yo te quería por tu parecido con Teseo: ¡eso es mentira! Yo te quería porque eres mi hijo, por tu parecido conmigo. Te quería porque te sentía como a parte de mí misma, por eso te necesitaba para mí, y solo para mí... (Con desprecio.) ¡Tu semejanza con tu padre! Si pensando eso halagas la vanidad de ese hombre de quien tu miedo ha hecho un dios, puedes creer que por eso te quise, y o no puedo impedirlo...

HADES.- Sin embargo, Fedra, es frecuente en las madrastras el amor a los hijos del esposo porque en ellos ven a este cuando era un hombre joven... y cuando son rechazadas, transforman su amor en odio...

FEDRA.- (Señalando a HIPÓLITO.) Eso es lo que dice, pero no pasa de ser un transparente disfraz... El amor pleno y total que las madres no se atreven a sentir por sus hijos pueden, sin embargo, sentirlo por los del marido, aunque enmascarando sus motivos para dejar bien oculta la cruda verdad de que el hijastro representa al hijo.

HADES.- Y si eso es lo común, ¿por qué te has atrevido a hacer de Hipólito tu hijo sin disimular esa crudeza que debe ser evitada?

FEDRA.- Porque jamás tuve miedo a la verdad.

HADES.- Pudiste, al menos, tener vergüenza de ella.

FEDRA.- No es vergonzoso amar a un hijo.

HADES.- Como tú le amas, sí.

PERSÉFONE.- (A HADES.) No la recrimines, te lo ruego. (A FEDRA.) Tú amabas a Hipólito en cuanto que era tu hijo, y esto no lo puede objetar él, puesto que no pretenderá conocer tus sentimientos mejor que tú misma. ¿No te parece esto razonable, Hipólito? Aunque nos obligará a no tomar en cuenta una parte de tu relato... me refiero a las palabras que atribuías a Fedra sobre tu parecido físico con Teseo...

HIPÓLITO.- Me llamas mentiroso sin otra prueba que lo que Fedra dice, pero yo insisto en cuanto dije y nada retiro, aunque no se me crea...

PERSÉFONE.- No te he llamado mentiroso, ni tampoco te he pedido que me retires nada: tú mismo has dicho en tu narración que merecía el título de madre, puesto que lo era para ti.

HIPÓLITO.- Sí, es cierto, como a una madre la quería yo. Ojalá ella me hubiese querido a mí como a un hijo.

PERSÉFONE.- Si se comportaba como una madre, podemos presumir que como a un hijo te quería.

HIPÓLITO.- Eso parecía, pero al final resultó otra cosa.

PERSÉFONE.- Ella ha dicho repetidas veces que no debe existir límite alguno en el amor entre una madre y un hijo, ¿no es cierto, Fedra? Para ti, el amor de una madre comprende en sí todas las formas del amor, incluso el conyugal...

FEDRA.- Para mí no hay formas de amor, ni partes, ni clases de amor. Hay amor, o no lo hay.

PERSÉFONE.- (Ligeramente irónica.) Y, por eso, esperabas recibir de tu hijo un amor como el que tú le dabas, ¿no? Sin límites ni mutilaciones...

FEDRA.- Tenía derecho a esperararlo.

PERSÉFONE- Pero él no te lo dio...

FEDRA- Su corazón me lo ofrecía, y su miedo me lo negó.

HIPÓLITO- ¡No es verdad! Eso es una calumnia. Antes dijisteis que yo no pretendería conocer sus sentimientos mejor que ella misma... ahora, que no pretenda ella conocer los míos mejor que yo.

HADES- (A PERSÉFONE.) Es muy razonable lo que dice el muchacho.

PERSÉFONE- (Burlona.) Pues oigamos al muchacho. (A HIPÓLITO.) Habla.

HIPÓLITO- Ya dije cuanto tenía que decir.

PERSÉFONE- (A FEDRA.) Entonces, habla tú. ¿Por qué piensas que Hipólito te deseaba? Porque lo cierto es que te rechazó: en eso habéis coincidido ambos.

FEDRA- Él mismo me lo decía, aunque ahora lo niegue.

PERSÉFONE- Pues ese es el caso, que ahora lo niega... Nosotros no oímos vuestras conversaciones privadas, y aquí las contáis cada uno a vuestra manera...

FEDRA- (A HIPÓLITO.) ¿Es que ya no te acuerdas de cuando me pedías que bailara?

HIPÓLITO- ¡Calla, ramera, no te echas más barro encima!

FEDRA- Tú te lo echas, insultando a tu madre. Cuando me amabas, valías más que ahora.

HIPÓLITO- Si te dejé de amar, no fue por culpa mía, sino tuya. Tu lujuria te hizo aborrecible.

FEDRA- Di que el miedo que tenías a tu padre se interpuso entre nosotros, y habrás dicho la verdad.

HIPÓLITO- Desde que te has podrido, manchas todo cuanto tocas. Por eso llamas miedo a la virtud.

FEDRA- ¿Es que también vas a negar el miedo que tenías a Teseo? ¡Si temblabas ante él como las hojas de los árboles!

HIPÓLITO.- (A los DIOSES.) Para esta mujer, es miedo el respeto que a un padre se tiene.

FEDRA.- ¿Y por causa del respeto huías de él como de la peste? Cuando venía a casa, salías a toda prisa con el pretexto de que ibas a cazar... Todo Atenas lo veía...

HIPÓLITO.- Como no sabes ver la grandeza de los hombres, ignoras el sagrado tensor con que su presencia cohíbe a quien les ama... (HADES y PERSÉFONE se miran. HIPÓLITO se alarma.) ¡Pero eso no significa nada! ¡Yo no le temía!... Es decir, sí... le temía como los buenos hijos temen a su padre... el terror moderado que es preciso para educarse en la virtud... Pero yo le amaba: sobre todo, le amaba...

HADES.- (Sin poderse contener, enternecido casi.) Muy bien, hijo. Eso que dices está muy bien. Al padre hay que amarle y temerle. (Corte pausa. HIPÓLITO está confundido por su propio éxito.)

PERSÉFONE.- (Fría.) Así, pues, le temías...

HADES.- (A PERSÉFONE.) Y le amaba, no lo olvides.

HIPÓLITO.- (A PERSÉFONE.) Sobre todo, le amaba.

FEDRA.- (A HIPÓLITO.) Sobre todo, le temías.

HIPÓLITO.- (A FEDRA, exasperado.) ¡Le amaba, maldita, le amaba mil veces más que a mí mismo!

FEDRA.- (Irónica.) Y como le tenías tanto amor, le tomaste por un monstruo en la playa de Treceno... (HIPÓLITO se queda aplastado.) ¿No dices nada?

HIPÓLITO.- (Inseguro.) Estoy seguro de que se trataba de un monstruo...

FEDRA.- (Con hastío.) ¡Hijo, no seas necio! Todos los muertos se reirían de ti, si los muertos pudieran reír... ¡Un monstruo!... En la playa no viste sino a Teseo, que había descendido de la nave y ganaba la tierra con los pies metidos en el agua.

HIPÓLITO.- (Confuso.) No se veía muy bien, era de noche... había una claridad rojiza que oscilaba como el fuego...

FEDRA.- (Tras una pausa. A los DIOSES.) Su padre era para él una pesadilla. Le temía porque me deseaba, y no llegó a poseerme porque le temía.

HIPÓLITO.- (Implorante.) No la creas, inexorable Perséfone, solo dice mentiras... Yo admito que a mi padre le temía, pero también le amaba, sentía las dos cosas a la vez...

PERSÉFONE.- (A FEDRA.) A mí me parece sincero. Es evidente que tenía miedo de Teseo, pero quizá también le amaba, y ese amor junto con el miedo le impidió desearte como a una mujer...

FEDRA.- (Encogiéndose de hombros.) Pero eso no es cierto. Hipólito me deseaba como a una mujer.

HIPÓLITO.- (Exasperado.) ¡Mentira, mentira! ¡Embustera, impúdica!

HADES.- (A HIPÓLITO.) No niegues con tanto calor, que eso no te beneficia. Muéstrate más paciente y confiado en que se demuestre tu virtud.

FEDRA.- (Con calma, a HADES.) ¿Llamas virtud a que mi hijo no me ame?

HADES.- (Conmiserativo.) A que no te ame torpemente y con deseos impuros.

FEDRA.- (Irónica.) Entonces, esa virtud no la puede reivindicar Hipólito... se le caía la saliva de los labios cuando me veía bailar con una túnica transparente...

HIPÓLITO.- (Con las manos en la cabeza.) ¡Oh, qué ramera!

FEDRA.- (A HIPÓLITO.) ¿No me pedías tú que bailase?

HIPÓLITO.- Da náuseas oírte...

FEDRA.- No, las náuseas te dan de haberme amado... eres tú quien te das náuseas a ti mismo, no yo. Y esas náuseas testimonian contra ti, porque acreditan que me deseabas y ahora quisieras no haberme deseado... Pero esos antiguos deseos los tienes dentro de ti como una pesadilla que no está del todo olvidada, que a veces se revuelve y te da angustia...

HIPÓLITO.- (A los DIOSSES.) ¿Tengo que oír esto? ¿No es posible morir de nuevo y bajar a un lugar más profundo?

HADES.- (Con las cejas fruncidas.) No, no es posible. Mira si tienes algo que contestar a Fedra.

HIPÓLITO.- ¡Que diga lo que quiera!

FEDRA.- (A HIPÓLITO.) Has dicho que me amabas como a una madre...

HIPÓLITO.- ¡Pero nunca con miras deshonestas!

FEDRA.- (Cínica.) Ya lo creo, que con miras deshonestas... ¡deshonestísimas!

HIPÓLITO.- ¡Oh! Si tuviera cuerpo, vomitaría...

FEDRA.- Disimula ese asco: ya te he prevenido que testimonia contra ti, no contra mí...

HIPÓLITO.- Si no tienes otras pruebas...

FEDRA.- Claro está que las tengo.

HIPÓLITO.- (Asustado.) ¿Y dónde están?

FEDRA.- Aquí, delante de todos.

HIPÓLITO.- (Mirando en derredor.) Algún testigo falso...

FEDRA.- Tú mismo eres mi testigo.

HIPÓLITO.- ¿Yo?

FEDRA.- Tu presencia aquí es la más evidente de las pruebas.

PERSÉFONE.- No te entendemos muy bien, me temo... ¿Puedes explicarte?

FEDRA.- (A HIPÓLITO.) Si tú no me deseabas, ¿por qué estás aquí?

HIPÓLITO.- ¿Qué relación hay? Me maté en mi carro...

FEDRA.- ¡Tú lo has dicho! Te mataste... ¿Por qué te mataste?

HIPÓLITO.- Por nada... Fue un accidente... ¡Yo no me maté voluntariamente, si es eso lo que quieres decir! Huía precipitadamente y era de noche... a cualquiera le hubiese ocurrido.

FEDRA.- No, amigo mío, a cualquiera, no... Las Parcas disponen lo que le ocurre a cada uno, y a las Parcas las llevamos dentro de nosotros desde que nacemos. ¿Le has preguntado a las tuyas por qué periciste en el olivar de Piteo? Porque yo lo sé muy bien...

HIPÓLITO.- Y todos lo saben... Fue una causalidad...

FEDRA.- ¡Una casualidad! ¡Cuántas cosas ocurren por una casualidad! ¿Por una casualidad corrías como el viento por un camino peligroso en plena noche? ¿También por una casualidad te habías enrollado las riendas a los brazos con tanta vueltas? ¿Y por una casualidad no viste el saliente tronco del olivo en el camino blanco de luna?

HIPÓLITO.- Estaba aterrorizado, y a lo he dicho...

FEDRA.- Sí, estabas aterrorizado de ti mismo... el horror que por ti sentías lo proyectabas hacia tu padre y huías, pero ese horror iba contigo porque el monstruo eras tú... (**Con doliente reconvención.**) ¡Tan espantoso te parecía el haber correspondido en tu corazón al amor de tu madre!

HIPÓLITO.- ¡Juro que no pensaba en matarme!

FEDRA.- No lo pensabas con la cabeza, lo pensabas con el corazón. Lo pensabas sin saberlo, pero lo pensabas y lo hiciste... ¿Por qué tendrías que castigarte si fueses puro? Pero no lo eras, sentías a tu conciencia culpable allá en el fondo de tu alma haciéndote insoportable la vida, y en aquella carrera en que huías de ti mismo sin conseguir nada, expiaste esa culpa por el autocastigo. ¡Y aún te atreves a llamarte puro! Hijo, ¿no comprendes que solo eres puro para mí, que solo a mis ojos es digno y noble ese amor que yo comparto?

HIPÓLITO.- ¡No, no! Ese amor es infame... yo niego y negaré siempre haberlo sentido, aunque me envuelvas cien veces más en sutilezas y no pueda darte más respuestas que el silencio... ese amor es criminal, y tú lo sabes muy bien aunque hagas alarde de él y digas que es un derecho de las madres...

FEDRA.- No, querido mío, ese amor solo es criminal porque perjudica a los padres y ellos han impuesto su condena...

HIPÓLITO.- Te engañas, madre... para ti también es impío: ¿por qué estás tú aquí, si no?

FEDRA.- Porque este es mi sitio, hijo. Ya no me quedará otro.

HADES.- Fedra, sería conveniente que continuases tu relato hasta el final.

FEDRA.- **(Indiferente.)** ¿Para qué? El resto lo conoce Teseo y ya lo habrá divulgado. No tardaréis en saberlo.

PERSÉFONE.- **(Amistosa.)** Preferimos que nos lo digas tú.

HADES.- También Hipólito quiere saberlo, estoy seguro.

FEDRA.- **(Se acerca a HIPÓLITO con precaución, esperando que la rechace; HIPÓLITO, temblando, se limita a bajar los ojos.)** ¿Es cierto? ¿Quieres saber lo que pasó después que tú te fuiste? **(Ha comenzado a levantar suavemente la mano, con intención de ponerla en el hombro de HIPÓLITO.)**

HIPÓLITO.- **(Esperanzado.)** Te arrepentiste, ¿verdad madre? Te arrepentiste y por eso has venido...

FEDRA.- **(Paraliza el movimiento de la mano, y la deja caer con un gesto de renuncia. Sonríe tristemente.)** No, no me arrepentí ni me arrepiento de nada. hice lo que debía ser hecho.

HIPÓLITO.- **(Débil.)** ¿Qué hiciste?

FEDRA.- Vas a saberlo.

(Se debilitan las luces.)

Aunque aumente el horror que me tienes, te lo voy a decir.

(Se enciende el foco que ilumina a FEDRA, mientras el resto queda en la oscuridad.)

Fue inútil que corrieras, no se puede huir de mí. Yo estaba en tu futuro tanto como en tu pasado, y necesariamente tendrías que llegar de nuevo a mi regazo. No debiste abandonarme, me despojaste de mucho más que de ti mismo, me despojaste de mí también; me dejaste vacía como un pozo, y la cólera me llenó hasta desbordar.

(Se va extinguiendo el foco.)

La cólera de los olvidados, de los hundidos, de los sin esperanza.

(Se ha hecho el oscuro.)

La terrible cólera de aquellos para quienes no luce el sol ni florece la tierra, la de los débiles que han sido echados a un lado y no tienen voz para hacerse oír, sino dientes para morder y muerden, muerden desesperadamente hasta que son aplastados.

(Vuelve la luz. Ha reaparecido el dormitorio de FEDRA. Esta vacío. En la puerta aparece FEDRA, extremada, que se apoya en el quicio. Pausa.)

FEDRA.- (A media voz.) Todo terminado. (Se dirige a la cama.) Se acabó. (Se sienta en la cama, y se deja caer de espaldas sobre ella, tendiéndose de través. En voz alta.) Si yo hubiese sido una serpiente de dientes venenosos, no hubiera huido más deprisa. (Corta pausa.) ¡No hubiera huido más deprisa! (Gira sobre sí misma, tendiéndose de bruces, y golpea la cama con el puño.) ¡El muy perro! Cuanto más le llamaba yo, más corría él... (Se incorpora, quedando sentada.) Ya habrá enganchado los caballos, en un momento estará fuera de la ciudad... Y se irá lejos, se irá lejos... ni siquiera sabré de él, si vive o está muerto... ¿Por qué le dejé que se fuera? ¡Soy una estúpida! (Se vuelve a echar de bruces, golpeando la cama.) ¡Ay! ¡Necia de mí! ¡Ay, necia!... Yo estaba a su lado y, sin embargo, salió por esa puerta... lo dejé que saliera con la misma tranquilidad que si fuera a volver mañana... ¡Pude haberlo sujetado, haberme cosido a él! (Se medio incorpora, denegando con la cabeza.) Pero no lo hice, no lo hice... (Enderezándose, colérica.) ¡Pude haberle matado! ¡Debí matarle, por los dioses! ¿Has despreciado a tu madre, malvado? ¡Pues bien, aquí tienes!... ¡Oh, qué inútil soy, qué inútil!... (Pausa.) Ya estarán sus caballos devorando el camino a la luz de la luna... alejándose de Trecene corriendo como el viento, alejándose de mí... Si le hubiese matado, ahora estaría aquí muerto... yo le miraría, le besaría... Toda esta noche solo para mí... estrechándole en mis brazos, sintiendo en mi boca enfriarse poco a poco la suya... Pero ni se me ha ocurrido, y ya es tarde. Nunca sabré qué hará, dónde estará... Ahora está en un camino, pero ¿y mañana? (Colérica.) ¡Libre en el ancho mundo, libre de mí! ¡Libre como otro Teseo, después de pisotearme! ¡Oh!... Ya no me necesita, y puede dejarme. ¿Qué soy yo, que cuando hago falta se me toma y, cuando no, se me deja? ¿Debo pedir a los dioses que necesite de nuevo de mí, para que vuelva a tomarme? ¿Qué soy yo? ¿Por qué no me lo has dicho antes de irte, perro? Ya no valía la pena gastar palabras, ¿verdad?... ¡Y yo que pensaba salir a la libertad! ¡Necia de mí, estúpida!... En qué hora se me ocurrió confiar en ese miserable... (Desesperada, echándose de nuevo de bruces sobre la cama.) ¡Oh, el muy ruin, que me ha dejado sin nada! ¡Oh!...

(Entra la NODRIZA.)

NODRIZA.- (Excitada.) ¡Fedra!... Fedra, tu marido está en Trecene, ahora mismo ha entrado en la casa. **(FEDRA sigue de bruces en la cama, sin hacer caso. La NODRIZA le sacude un hombro.)** ¿Es que no me oyes? Teseo está aquí... **(FEDRA se incorpora y escucha, intentando entender.)** Estás saludando a su madre y a Piteo, lo tendrás delante en seguida.

FEDRA.- (Incorporándose.) Pero, ¿no es de noche?

NODRIZA.- ¡Y qué! Lo cierto es que acaba de llegar... ¡Qué aspecto tienes!

FEDRA.- ¿Sabes si se ha encontrado con Hipólito?

NODRIZA.- Hipólito se fue en su carro, y Teseo ha venido en una nava... es difícil que se hayan encontrado.

FEDRA.- (Con ansiedad.) Pudieron verse en la playa... entonces, su hijo habría vuelto con él. ¿No dices que ya está Teseo en la casa?

NODRIZA.- Hipólito no venía, eso es seguro... **(FEDRA se tranquiliza.)** Ha ocurrido algún desastre, ¿verdad? Ya te lo advertí... Pero ahora no podemos hablar, tu marido llega... ¡si al menos me diera tiempo de peinarte un poco!... Pon orden en ese rostro, no lo tengas tan alterado... estás confesando con la cara.

FEDRA.- (Sombria.) Eso me conviene. **(Pequeña pausa.)** Ahora márchate, quiero que mi marido me encuentre sola.

(Mientras dice la última frase, está empujando a la NODRIZA hacia la puerta. Entra TESEO y sale la NODRIZA.)

TESEO.- ¿Por qué quieres que tu marido te encuentre sola?

FEDRA.- No hacen falta testigos cuando dos esposos se encuentran tras larga ausencia.

TESEO.- ¿A tres días llamas larga ausencia?

FEDRA.- Han sido para mí más que tres años.

TESEO.- Muchas veces he estado más tiempo lejos de ti, y no has dicho eso a mí vuelta... **(Recorre con la vista las adornadas vigas de la cama. Lo advierte FEDRA, y habla con rapidez y vehemencia.)**

FEDRA.- Es que ahora ha ocurrido lo que jamás ocurrió antes. **(TESEO sigue mirando las vigas.)** ¿No me has oído? ¡Aquí han ocurrido cosas graves!

TESEO.- Ya, ya... y tú me las vas a decir.

FEDRA.- ¿Las sabes ya? Porque si es así, puedes ahorrarme el dolor y la vergüenza de decirlas... **(Pausa. TESEO mira a FEDRA, y esta aparta la mirada. Hay cierta distancia entre ambos.)** ¿Te has encontrado con Hipólito después de desembarcar?

TESEO.- (Sin especial intención, da un paso hacia FEDRA y esta lo retrocede.) No me hagas preguntas, soy yo quien está preguntando: ¿qué ha pasado aquí?

FEDRA.- (Irritada, cruzándose de brazos.) ¡Aquí no ha pasado nada!

TESEO.- (Sorprendido y contrariado.) ¿Qué quieres decir?

FEDRA.- (Como antes.) ¡Quiero decir que no te consiento ese tono! ¡O preguntamos los dos, o no pregunta nadie! Y los dos contestaremos, o nadie contestará.

TESEO.- (Yéndose hacia FEDRA.) ¡Pero qué! ¿Te vas a engallar tú ahora?

FEDRA.- (Huye de TESEO.) ¡No me toques! ¡No me toques, te digo!

TESEO.- (Agarrándola de un brazo.) ¿Que no te toque? ¡Ven aquí! **(Le sujeta el cuello por la nuca.)** Quieta, mujer, no te excites... **(A media voz, pero con tono duro.)** Tranquilízate... así... Vas a ser sumisa, vas a ser obediente... **(La sienta en la cama.)** vas a hablar... **(Acercando de improviso su cara a la de FEDRA, con fuerte voz.)** ¡Habla! **(FEDRA se sobresalta.)** ¡Habla, Fedra, por los dioses! ¡No tengo más paciencia! **(La zarandea por los hombros.)** Has dicho que han ocurrido cosas graves: ¿que cosas?

FEDRA.- (Sin mirarla.) Si hubieras llegado una hora antes, no habría pasado nada...

TESEO.- Pero, ¿qué ha sido? ¿A qué he llegado tarde? ¡Acaba ya, por tus muertos!

FEDRA.- (Coge la capa de HIPÓLITO, que está sobre la cama, y se la tiende a TESEO.) Toma esa capa, y dime si la reconoces...

TESEO.- (Cogiéndola y mirándola con impaciencia.) No sé... ¿Es la de Hipólito? ¿O de quién? **(Arroja la capa sobre la cama.)**

FEDRA.- Sí, es la de Hipólito... se la dejó aquí cuando se fue... ni pensó en ella...

TESEO.- A Hipólito se le olvidó la capa... **(Irritado.)** ¿Y eso es todo?

FEDRA.- (Mirando a TESEO con gesto hosco.) Había cometido un crimen, por eso la olvidó.

TESEO.- (Intimidado repentinamente.) ¿Un crimen? ¿Qué crimen?

FEDRA.- (Se pone en pie, furiosa.) ¿Eres tan torpe que todo hay que decírtelo? **(Con voz y ademán rotundos.)** ¡Tu hijo me violó! ¡Aquí mismo, mira! **(Señala la cama. TESEO retrocede, FEDRA avanza.)** ¿Quieres seguir oyéndolo? ¡He sido violada por Hipólito! ¿Quieres detalles? ¡Me ató con esa capa! **(Abatida.)** Ya he hablado, ya sabes lo que querías saber... **(TESEO, anonadado, da unos pasos, se inclina distraído, recoge la piel de oso y la tira colérico contra el suelo.)**

TESEO.- ¡Por eso estaba así! ¡Por eso era!

FEDRA.- (Con ansiedad.) ¿Qué dices? ¿De quién hablas? ¿Es que has visto a Hipólito?

TESEO.- ¡Sí le he visto! **(Se endurece el rostro de FEDRA.)** Cuando yo desembarcaba cruzó él la playa en su carro, y al verme dijo mil desatinos antes de salir huyendo...

FEDRA.- Pero, ¿qué dijo? ¿Qué desatinos fueron esos?

TESEO.- (Abrumado, se sienta pesadamente en el arcón y se pasa una mano por la cara.) Apenas sí se le entendió algo, hablaba con lengua trabada... como alguien fuera de razón...

FEDRA.- (Al ver que TESEO no continua.) Dices que algo le entendiste... ¿no recuerdas qué fue?

TESEO.- Locuras... Me miró con el rostro desencajado y encabritó a los caballos... Gritaba... que no me lo comiera, que él era inocente... y me llamó varias veces «monstruo que sales del mar»... Apenas se le entendía, pero creo que decía siempre lo mismo... (**Levantándose y paseando colérico.**) Llevaba a las Erinnias agarradas a la espalda, por eso parecía un loco y por eso le di miedo... ¡Para esto lo engendré!... ¡Y el pérfido que llamaba monstruo!...

FEDRA.- Te llamaría monstruo del mar porque te vio desembarcar... Pero di, ¿no sabes dónde ha ido ese desdichado? ¿No te lo dijo en la playa?

TESEO.- No, en seguida excitó a los caballos y salió a la carrera del pequeño espacio que alumbraban las antorchas... la oscuridad de la noche se lo tragó en un instante, y yo me quedé helado de horror... Le llamé a voces, pero no contestó... **(Pausa. FEDRA y TESEO están cabizbajos. TESEO levanta al cielo la vista y abre los brazos con los puños cerrados.)** ¡Ojalá se mate! ¡Dioses, oíd mi súplica! ¡Que se despeñe con el carro por una torrentera! ¡Que se lo coman los cuervos y los lobos! **(Tapándose la cara con las manos.)** ¿Por qué me ha ocurrido esto a mí? ¿Por qué? ¿Es, acaso, un castigo? ¿Qué he hecho yo para merecer esto? **(Corta pausa.)** ¿Hay alguien que jamás haya sido tan malvado? No, nadie hasta ahora... porque a Edipo le excusaba su ignorancia... **(Se agarra, aterrado, la cabeza con las manos.)** ¡Ay, qué nombre se me ha venido a la boca!... ¡Edipo!... Yo le di asilo y sepulcro en Colono, y ahora los dioses me castigan haciendo que mi hijo sea como él... **(Espantado.)** Ya ha profanado el tálamo paterno, solo le falta darme a mí la muerte, y lo hará sin duda, pues así deben las Parcas haberlo decretado... Me ha llamado monstruo... y luego, simulando confundirme con alguna salvaje alimaña, me herirá sin ser visto, clavándome una saeta, con su arco de cazador... mi muerte parecerá un accidente... **(Con miedo.)** y eso ya puede ocurrir cualquier día, en el incierto futuro que ahora empieza... ¿Cómo podré librarme? Débil y casi un niño es Hipólito, pero las terribles diosas que gobiernan mis hilos guiarán su mano... ¿De qué me servirá rodearme de guardias y llevar una coraza? **(Abrumado.)** Porque fui piadoso con Edipo, porque fui bueno, ahora me ocurre esto, ahora me veo así... Los dioses me castigan por amparar a un impío, por favorecer a los malos... siempre favorecí a todos... **(A FEDRA, sin advertir el odio triunfal con que le mira.)** Te lo ruego, ayúdame. Dime qué hago, qué puedo hacer... llamaremos augures, celebraremos sacrificios... haré que mi vida sea más moderada...

FEDRA.- **(Cruel, gozándose en el abatimiento de TESEO.)** Si las Parcas han decidido que Hipólito te mate, y ya no eres más que un cadáver... **(Pausa. TESEO está aplastado.)** Yo no puedo ayudarte, soy una mujer y solo sirvo para hilar y tejer... haré tu sudario...

TESEO.- **(Temblando.)** ¿Mi sudario, dices? No, aún debo poder hacer algo...

FEDRA.- **(Fría.)** Ahórcate.

TESEO.- ¡No, no! **(Se incorpora, vacilante. Pausa. Se serena un poco.)** Yo no participé en el crimen de Edipo, solo le di Hospitalidad cuando era un anciano ciego... Si por eso recibo un castigo tan grande, mucho más castigado ha de ser Hipólito a su vez... Si mi plegaria, ¡oh, Parcas veneradas!, puede influir en el destino que decretáis a los mortales, yo os suplico que el castigo de mi hijo no sea tan tardo como lo fue el de Edipo... que no alcance la vejez, que no llegue a engendrar hijos... que los que a mí me han conocido puedan ver su cadáver, que lo pueda ver yo mismo, aunque muera por su causa... que el castigo siga al delito como la estela sigue a la nave, no dejéis que el olvido se interponga entre el crimen y la pena, pues no se os tendrá por justas... ¡Oh, diosas que regís el destino de los hombres! Acceded a mi súplica: permitid que yo vea el cadáver de mi hijo... **(Apoya la frente en sus manos juntas, concentrado. Pausa. Entra la NODRIZA.)**

NODRIZA.- **(Con prevención.)** Un hombre ha llegado trayendo una triste nueva...

TESEO.- **(Mirándola con aire distraído.)** No aumentará la tristeza de esta noche...

NODRIZA.- **(Mirando a FEDRA.)** Ha hecho un relato lamentable...**(TESEO vuelve la espalda, con indiferencia.)** Os vais a afligir... Hipólito...

TESEO.- **(Volviéndose.)** Sigue.

NODRIZA.- Ha sufrido una caída... está muy mal...

FEDRA.- **(Con ansiedad.)** ¿Pero vive? ¿Está vivo? **(La NODRIZA ruega con la cabeza.)** ¿Muerto? **(La NODRIZA se queda quieta.)** ¡Habla! ¿Está muerto?

NODRIZA.- Sí... **(FEDRA se sienta en la cama, despacio.)**

TESEO.- ¡Muerto!... ¿Eso es seguro? ¿Ese hombre no miente? **(La NODRIZA ha contestado ambas cosas con la cabeza.)** ¡Oh, dioses, aún estáis en el cielo! ¡Aún puede el que es padre respirar bajo el sol!... Ya no pasaré mis días en el temblor de la mano escondida de ese criminal... vuelvo a tener en paz mi corazón, y podré vivir como hasta ahora... Los dioses me han protegido porque soy justo... **(Ala NODRIZA.)** ¿Dónde está el que lo ha dicho? ¿Lo ha visto él?

NODRIZA.- Ese hombre venía con otros por el camino de Argos, y junto al olivar de Piteo y vieron destrozarse el carro de vuestro hijo, y a él arrastrado por los caballos hasta quedar deshecho... Los compañeros del mensajero vienen detrás con el cuerpo de Hipólito...

TESEO.- (**Mientras FEDRA queda cabizbaja.**) Ya está muerto mi hijo... no puedo creerlo, por los dioses... pero muerto está, y no tengo ya que temer... Pronto traerán su cuerpo, y yo lo veré tendido... (**Pausa.**) No sé, en verdad, si debo alegrarme o entristecerme, pues si el triunfo de la justicia y la seguridad de mi persona me alegran el corazón, también siento en el estómago como una basca de angustia que no sé cómo echar fuera... y es que, al fin, era mi hijo... por impío que fuera, y yo fui quien lo engendró, y algo de mí ha muerto al morir él...

FEDRA.- (**A TESEO.**) Tengo que pedirte... no quiero salir de mi habitación en esta noche de vergüenza y de dolor, pero también quiero yo ver al hijo cuya perversidad, ahora que está muerto, quisiera olvidar... ¿puedes hacer que lo pasen aquí cuando lo traigan?

TESEO.- Lo que pides es justo. Lo traerán aquí, yo me cuidaré de ello. El olivar que Piteo tiene junto al camino de Argos está cerca, y por despacio que vengan, ya tienen que estar llegando... voy a salir a su encuentro... (**Como si hablase consigo mismo, pero haciéndolo a FEDRA.**) ¿Cómo procederé? Porque este crimen no podrá ocultarse... ¿debo reír, o debo llorar? La justicia me manda lo primero, pero ¿será digno espectáculo un padre en mis circunstancias que no muestra aflicción?... Puesto que ya no me puede perjudicar, debo ser generoso y llorarle, pero ¿no me llamarán injusto por llorar a un criminal aunque sea mi hijo? ¿Lloraría acaso al hijo ajeno? Si yo mismo le hubiera castigado, podría llorar sin menoscabo de la justicia, pero así, no sé qué hacer...

FEDRA.- (**Con hastío.**) Haz ambas cosas... deja hablar a la justicia por tu boca, y al dolor por tus ojos...

TESEO.- (**Contento por el hallazgo.**) Sí, así lo haré... mis palabras serán implacables, pero una lágrima resbalará por mi mejilla... (**Sale.**)

FEDRA.- (Señalando con el mentón hacia la puerta, con desprecio.) ¡Ahí lo tienes! Solo le preocupa la cara que tiene que poner la gente...

NODRIZA.- Y tú, ¿por qué has pedido que traigan aquí el cuerpo de Hipólito? ¿A qué viene eso? Lo que tú necesitas es acostarte y descansar... Las demás mujeres nos ocuparemos de lavarle y prepararle para las exequias.

FEDRA.- Necesito verle, no puedo creer que esté muerto... los seres amados no mueren de verdad si no hemos visto su cadáver...

NODRIZA.- ¡Pues mañana lo verás! Ahora debes procurar dormir un poco...

FEDRA.- No, ¿cómo puedes pensar que dormiría? Necesito verle ahora, en el estado en que quedó cuando le sorprendió la muerte... antes de que las mujeres le laven ni le toquen...

NODRIZA.- Pero, ¿por qué tanto interés? Las esperanzas que tenías fracasaron por su culpa, no necesito que me lo digas... Huyó de ti, y huyendo murió.

FEDRA.- Murió por mi amor.

NODRIZA.- ¡Mentira! ¿Y las voces que tú dabas en esa puerta mientras él se iba? ¡Bien te oímos todos llamarle! (FEDRA impone silencio repentinamente, y escucha. Se oye un clamoreo lejano que se intensifica en seguida.) Ya están en el palacio con el muerto... (FEDRA se oprime el corazón con las manos.) ¿Te sientes mal? (FEDRA deniega con la cabeza.) Mira, voy a decir que no lo traigan aquí.

FEDRA.- ¡No vas a decir nada! Estoy bien, no soy ninguna niña. (La NODRIZA le abraza los hombros. FEDRA apoya su frente en la de la NODRIZA, con un ligero desfallecimiento de ánimo.) ¡Ay!

(Entra TESEO.)

TESEO.- Los encontré ya en la ciudad... **(Se hace a un lado.)** Pasad, y ponedlo ahí. **(Señala un lugar en primer término. Entran dos hombres que portan unas parihuelas con el cadáver de HIPÓLITO, cuya ropa destrozada le deja casi desnudo, todo manchado de tierra y de sangre.)** He avisado que no pase nadie. **(FEDRA ha retrocedido unos pasos, y mira fijamente al muerto, que es depositado por sus portadores donde TESEO ha indicado. TESEO hace señas a los hombres para que salgan, y ellos obedecen. A FEDRA.)** Aquí está... mira cómo ha quedado...

NODRIZA.- Está destrozado, el pobre... no parece él... ¡Y qué sucio!

TESEO.- **(Se inclina sobre el cadáver, y lo examina casi con delectación.)** Parece que tiene barro, pero no es barro: es tierra empapada en su sangre... **(Le mira la cara.)** ¡Ah, Hipólito! Ya estás en el reino de las sombras, ya te has ido para siempre... te has adelantado a tu padre para hacer el viaje sin retorno... Siempre sentí curiosidad por saber lo que haya más allá de la muerte, y he aquí que tú lo sabes ya...

NODRIZA.- **(Insegura.)** Voy a avisar que se caliente agua para lavarle... Habrá que prepararle para las ceremonias funerarias...

FEDRA.- **(Que se ha acercado un poco a las angarillas, sin dejar de mirar al muerto.)** Sí, ve...

TESEO.- **(A FEDRA.)** ¿Merece acaso honores fúnebres? ¿No basta con enterrarle en cualquier sitio?

NODRIZA.- **(Escandalizada.)** ¡Oh, qué temeridad!... Hay que aplacar las almas de los muertos, son vengativas y crueles...

TESEO.- ¡Bah! Haced como queráis.

NODRIZA.- Voy a disponerlo todo. **(Sale.)**

TESEO.- (Se sienta al borde de las angarillas, a los pies del difunto.) ¿Te acuerdas, Fedra, que ahora mismo suplicaba yo aquí a las Parcas que me permitieran ver el cadáver de mi hijo? (Con complacencia.) ¡Ya ves si los dioses me aman! ¡Aquí está Hipólito, muerto! Parecía que se iba lejos, para tenderme asechanzas... ¡no se ha alejado mucho! (Pausa.) Acércate, ven y míralo... (FEDRA se acerca un poco.) Más cerca... (Pone la mano sobre el borde de las parihuelas.) Siéntate aquí. (FEDRA obedece.) Tenemos derecho a mirarle, a alegrarnos de esto... nos hizo mucho mal este malvado...

FEDRA.- ¿No amabas a tu hijo?

TESEO.- Yo no puedo amar a los criminales.

FEDRA.- Parece que solo esta noche ha existido Hipólito para ti. Te pregunto si le amabas antes.

TESEO.- (Vacila.) Sí... ¿quién no amaré a su hijo? No se me parecía mucho, pero... al fin, era mi sangre, lo engendré en mi juventud... (Se detiene. Pausa.)

FEDRA.- (Mirando a HIPÓLITO.) Pues ya no tienes hijo. Ya no tienes quien te llore cuando mueras, ni quien venere tu recuerdo. (Mira a los ojos a TESEO, con cierta alegría malévol.)

TESEO.- (Incómodo.) Este, de todos modos, no lo hubiese hecho... Yo aún soy joven... puedo todavía engendrar hijos...

FEDRA.- (Con crueldad evidente.) No lo creo... ya vas siendo viejo...

TESEO.- (Dolido.) No digas eso, no es verdad...

FEDRA.- Sí lo es... (TESEO, nervioso, se levanta e inicia unos paseos. FEDRA le habla en voz más alta.) Cuando mueras, morirás del todo.

TESEO.- (Impaciente.) Si lo que quieres decir es que es triste no tener hijos, eso ya lo sabía.

FEDRA.- Más triste aún es perder a los que ya se tienen.

TESEO.- (Entre irritado y amargo.) No éste...

FEDRA.- Al fin, era tu hijo... ¿No lo engendraste tú en una noche de... amor?

TESEO.- ¿Y no lo han matado los dioses por su maldad? No seré yo quien le llore.

FEDRA.- (**Dura.**) Tú has sido su matador, no los dioses.

TESEO.- Si han escuchado mi plegaria, es porque era justa.

FEDRA.- No le mataste con tu plegaria, sino con el miedo que le dabas; el miedo que te tenía le mató.

TESEO.- ¿Te había dicho a ti que me tenía miedo?

FEDRA.- Sí, muchas veces.

TESEO.- No teme el que es inocente... Maquinaba su crimen, por eso me temía...

FEDRA.- (**Enérgica.**) Pues te engañas: Hipólito era tan inocente como la misma inocencia.

TESEO.- (**Asombrado.**) ¿Qué dices? ¿Después de violarte le llamas inocente?

FEDRA.- Nunca me tocó. Y a ti te amaba más que a sí mismo.

TESEO.- (**Estupefacto.**) ¿Qué hablas ahora? ¿Es acaso este el momento para bromear, o es que has perdido el juicio? ¿Por qué dices eso?

FEDRA.- Porque es la verdad. (**Burlona.**) ¿Temblabas de que te matase él, que hubiera dado mil veces su vida por ti? (**Agresiva.**) Su temor era el resultado de su admiración: ¡te adoraba como a un dios!

TESEO.- (**Tras corta pausa.**) ¿Y a ti, no te hizo nada?

FEDRA.- ¡Ni en pensamiento, ni en sucios siquiera!

TESEO.- (**Mientras, con cierta vacilación, se arrodilla junto al cadáver.**) O antes mentías, o mientes ahora...

FEDRA.- Antes te mentí... quería vengarme.

TESEO.- (Desconcertado.) ¿Vengarte? ¿De quién? ¿De Hipólito, acaso?

FEDRA.- (Con los dientes apretados.) Sí, de Hipólito.

TESEO.- (Grita.) Pero si era inocente, ¿de qué te ibas a vengar?

FEDRA.- (Sonríe con dureza.) De su inocencia. Esa inocencia me ofendía... me ofendió. **(Se levanta de las angarillas y se sienta en la cama.)**

TESEO.- (Sigue arrodillado junto al muerto, pero vuelto hacia FEDRA.) ¡Pero explícate! ¿En qué te pudo ofender la inocencia de mi pobre hijo?

FEDRA.- En mi orgullo de mujer. **(Hablando a TESEO como si le insultase.)** Mira los adornos con que decoré mi lecho: lo había preparado para bodas más dulces que las tuyas. Después le llamé y quise seducirle para que fuera mío; utilicé todos los recursos de una mujer, le pinté vivamente la desdicha de tener por marido a una bestia como tú, me ofrecí, supliqué, le amenacé... **(Pasa a un tono de involuntaria ternura.)** El horror le hacía palidecer y, cuando quiso huir, traté de sujetarle y me quedé con su capa en las manos... Después, llegaste tú.

TESEO.- (Que está aterrado.) ¡Y le acusaste de tu propio delito! **(Se lleva las manos a la cabeza.)** ¡Pero qué clase de mujer eres tú! ¡Cómo pudiste...! ¡Y por qué! ¿Te habías vuelto loca, acaso?

FEDRA.- Nunca estuve más en mi juicio: le quería para mí, le necesitaba...

TESEO.- (Violento.) ¡Calla, calla...!

FEDRA.- (Con desprecio.) Callo.

TESEO.- No, no calles... habla, explícate... ¿él rechazó tus proposiciones? ¿No flaqueó?

FEDRA.- No, no flaqueó. Jamás hijo alguno ha amado a su padre como este te amó a ti, sábelo ya. Tú eras su padre, su madre y su dios.

TESEO.- (Afligido.) ¡Triste de mí! ¿Cómo nunca lo supe? **(Acercándose a la cabeza del muerto.)** ¿Por qué no me lo decías, hijo mío? ¿Es verdad que me querías tanto? ¿Era yo un dios para ti? ¡Oh, hijo, hijo! ¡Qué tarde lo he sabido!... ¡Ay, ahora daría mi vida por un abrazo tuyo! Ojalá estuvieras vivo aunque no me quisieras... aunque fuera cierto tu crimen... No sé si esto que digo es verdad o no, hijo, pero quisiera que lo fuese... Tú no puedes oírme, por culpa mía estás muerto... pero no, por mi culpa no, ¿verdad que no?... Di solo eso, abre una vez la boca para decir que no...

FEDRA.- (Cruel y amarga.) No la abrirá.

TESEO.- (Sin oírla, a HIPÓLITO.) No fue culpa mía. Di que no, hijo...

FEDRA.- (Dura.) Yo te digo que sí.

TESEO.- (Violento, a FEDRA.) No, no fui yo. Fuiste tú, tú con tu lascivia, quien mató a mi Hipólito. Fue tu lujuria, perra.

FEDRA.- No fue a mí a quien encontró en la playa, ni a quien llamó «monstruo del mar».

TESEO.- Eso tú se lo inculcaste... le impulsaste a la locura... Tú misma has dicho que querías vengarte de él, de su inocencia... **(Se abraza al cadáver.)** ¡De su inocencia! ¡Hijo mío, hijo mío! ¡Ahora me doy cuenta de cuánto te quería! **(Se echa a llorar.)** ¡Ay, qué tarde lo he sabido!

FEDRA.- (Muy fuerte, enloquecida de placer y dolor.) ¡Llora, Teseo! ¡Llora! ¡Llora abrazado a tu muerto! ¡Ha valido la pena, sí! ¡Ha valido la pena! ¡Un hijo, por verte llorar así! No ha sido demasiado, hubiera dado más. Llora, llora ya para siempre, no vuelvas a reír... ¡Ah! ¡También los de abajo podemos heriros! Estamos bajo vuestros pies, pero podemos haceros llorar... ¿Sufres mucho, Teseo? A mí me lo debes. Suspira, pártete el alma, revienta... No he podido derribarte, pero te he hecho mucho daño, ¿verdad? ¡Te he hecho mucho daño, y me alegro!

TESEO.- (Incorporándose poco a poco.) Sí, me lo has hecho. Me has hecho mucho daño, y hay que evitar que sigas haciéndolo. Cuando se haga de día será publicado tu crimen, y yo mismo te inmolaré a la vista de todos los ciudadanos de Treceno... **(FEDRA no se inmuta. Colérico.)** ¡Maldita! Te prometo que tus huesos no serán sepultados... ¡Te han de comer las aves y los perros!

FEDRA.- (Despectiva.) ¿Esperas asustarme?

TESEO.- (Disponiéndose a salir.) Dejaré una guardia en la puerta para que nadie entre ni salga de esta habitación... Y cuando amanezca, vendré por ti para llevarte al suplicio.

FEDRA.- No me importa. Llevas clavado mi dardo bien hondo, te ha de durar mientras vivas.

(TESEO sale. Al quedarse sola, FEDRA se acerca despacio al muerto y se sienta en las angarillas, mirándolo en silencio. Pausa.)

(Con gran ternura.) Otra vez estamos solos... Has vuelto a mi lado, y ya para siempre. **(Acaricia la cara de HIPÓLITO.)** ¿Estás contento de mí? Ya está pura tu memoria, te he devuelto la inocencia... nunca sabrá la gente que tu amor era para mí y tu miedo era para el otro, que eras casto porque te reservabas para tu madre... ¡qué les importa lo nuestro a los demás! **(Le besa suavemente.)** ¡Qué frío te has quedado!... En verdad, tú y a no estás aquí, estos despojos no son un Hipólito... ¿dónde te has ido? Eras tímido como un ciervo, pero ya has hecho el terrible viaje que hace temblar a los héroes... ¿Cómo has ido tú solo, pequeño mío, a ese lugar desconocido? ¿Por qué no has querido ir junto con tu madre?... Tú, que no soportabas los ojos de Teseo, ¿puedes soportar ahora la mirada de los pálidos muertos? ¡Oh, niño, niño, no debiste ir solo!... Te hablo, y no puedes oírme; estás ya en las horribles moradas donde no llega el sol... Dulce y medroso como eres, vagas tal vez ahora por las tristes orillas de la Estigia, pobladas de estériles sauces... quizá te has sentado, afligido por la soledad, en las espantosas riberas del Aqueronte, o te dispones a beber en las negras y silenciosas aguas del Leteo... **(Abrazando al cadáver.)** ¡Oh, Hipólito! Yo he debido hacer ese viaje mucho antes que tú; te has adelantado sin advertírmelo, eso es cruel... ¿Por qué no me pediste que te acompañara? ¿Crees que me hubiera negado? ¿Cuándo te he negado yo algo? No tienes más remedio que esperarme, pero será muy poco... **(Coge las manos de HIPÓLITO.)** Ahora voy a ir contigo y, en aquel mundo, tú serás más viejo que yo, tú serás mi maestro como yo aquí lo fui tuya... **(Soñadora.)** Varios a estar siempre juntos, vida mía, muerte mía... cogidos de la mano, vagaremos sin rumbo por las praderas de asfódelos... hablaremos dulcemente de nuestra pasada vida y de nuestro amor sin fronteras ni futuro... o tal vez guardando silencio, reclines tu cabeza en mi pecho para dejar pasar nuestro tiempo sin horas... **(Acaricia la cara del muerto con ambas manos.)** ¡Ahora es cuando vamos a ser libres!... Sé que me estás esperando, me estás esperando en algún sitio que hay delante de mí... **(Se levanta, y comienza a quitarse el largo ceñidor que rodea la parte baja de su busto.)** Voy enseguida, niño mío... En aquellos desolados parajes, ya no darán pavor a tu corazón las inanes cabezas de los muertos, tu madre va a estar contigo, ella te dará valor... **(Con el ceñidor ya en la mano, hace una pausa. Se acerca a la cama, y mira las vigas que la coronan.)** Vamos, pues. Con guirnaldas y lámparas quise celebrar la llegada de la libertad, y la libertad llega, con la guadaña al hombro... **(Trepa a la cama y, de pie sobre ella, apoya ambas**

(Oscuridad total simultánea. Pausa. Cuando se encienden las luces, FEDRA se halla ante los DIOSES cerca de HIPÓLITO, cubierta con los grises harapos de las sombras. El posible decorado de la narración ha desaparecido.)

FEDRA.- (Tímida, a HIPÓLITO, que está temblando.) Y bien, hijo... y a lo sabes todo. ¿Me odias más que antes?

HIPÓLITO.- (Trémulo.) No, madre mía, no te odio... Pero te tengo ahora mucho miedo...

FEDRA.- (Sorprendida.) ¿Miedo, dices?

HIPÓLITO.- Hay algo que no has dicho, pero que estaba detrás de todas tus palabras, dejándose adivinar. Transparentándose...

PERSÉFONE.- (Conmovida, a FEDRA.) Sí, es cierto, yo también lo he visto.

FEDRA.- (A PERSÉFONE, con temor.) ¿El qué? ¿Qué he dado a entender que no haya dicho?

PERSÉFONE.- Que tú eres la Muerte.

FEDRA.- (Con cierto asombro, a media voz.) ¡Yo!

PERSÉFONE.- Para Hipólito, sí. Tú misma no lo has advertido, pero te pareces mucho a mí. Ambas somos como la Tierra, nuestra antigua madre, que da la vida para quitarla después... Yo hago brotar la vida en el mundo y luego, como diosa de los muertos, sigo esa vida y la recojo en este reino, devolviéndola a la oscuridad de que salió... ¿No has hecho tú lo mismo? Diste la vida a tu hijo y ahora se la has quitado...

HADES.- (Dudoso.) Eso, quien lo hizo, fue Medea: pero Fedra...

PERSÉFONE.- ¿Acaso Fedra no ha traído a Hipólito al materno seno de la tierra por medio de su amor? **(A FEDRA.)** En esa doble función de madre y de muerte nos parecemos tú y yo, Fedra... Y, tal vez por ello, será tu historia utilizada para decorar los sarcófagos de los muertos como un sueño de esperanza...

HADES.- (Tras corta pausa.) Sí, puede ser. Todo se ha hecho tan confuso... **(A HIPÓLITO.)** ¿Es eso lo que te da miedo?

HIPÓLITO.- (Sin dejar de mirar a FEDRA, como fascinado.) Creo que sí... No corrían mis caballos porque el monstruo estuviese detrás, sino porque tú, madre, tú tirabas de ellos para que me destrozaran... **(Casi llorando.)** ¿Por qué hiciste eso conmigo, por qué?

FEDRA.- (Con gran ternura, acercándose a HIPÓLITO, muy despacio.) No, niño mío, no digas eso... Eras tú quien los hacía correr con tu flexible látigo para reunirte conmigo, porque yo te llamaba, ¿no lo recuerdas? Tú sabías que yo te esperaba envuelta en la noche de aquel olivar silencioso, cerca del camino blanco... **(Ha llegado junto a HIPÓLITO, a quien abraza mientras él desfallece de miedo y placer. Al ser abrazado, desaparece bajo las grandes ropas grises de FEDRA.)** Y llegaste, llegaste a mi lado. Para siempre junto a tu madre... **(Desvanecido, HIPÓLITO cae deslizándose entre los brazos de FEDRA, mientras esta se arrodilla o sienta para evitarle el golpe. En el movimiento, se han desajustado o desprendido los amplios ropajes de HIPÓLITO, que queda desnudo, tendido sobre el regazo de FEDRA, que le sujeta los hombros con un brazo y con la otra mano le acaricia sugiriendo confusamente el conocido grupo iconográfico de la «Pietà». Pausa.)** Pobre hijo mío, ¿estás mejor ahora?

PERSÉFONE.- (Dulce.) Amiga mía, tú seducirás siempre a los hombres, no lo dudes. Quieres ser solo de ese joven, y vas a ser de todos. Los que aún no han nacido van a sentir tu hechizo, te van a contemplar, te van a desfigurar, te van a amar... pero tu esencia se escurrirá siempre de sus manos quedando intacta, para seguir atrayendo el pensamiento de los mortales como atrae la lámpara a las noctámbulas falenas...

HADES.- (Sin dejar de mirar a FEDRA.) Es inútil, no te escucha...

FEDRA.- (Cariñosa.) Hipólito, ten valor. Tienes que acompañarme, te necesito.

HIPÓLITO.- (Débil.) ¡Ay, madre, madre mía!... ¿Por qué me has hecho morir?

FEDRA.- (Suasoria.) Pero si no estamos muertos, hijo. Verdaderamente, nadie lo está. La vida se renueva, renace... ¿Cómo puede haber muertos bajo la tierra en tanto que sobre ella pisen los vivos? Ellos continúan nuestra lucha, el sentido de nuestra existencia palpita en sus corazones. Mientras no haya libertad para todos bajo el cielo; mientras la voluntad de alguien, quienquiera que sea, determine la conducta de otros, nosotros no podemos estar muertos. Aún existen esclavos, y su esclavitud sigue siendo la nuestra: que sean también nuestras su rebeldía y sus manos, ¡Hipólito, hagamos uso de ellas! **(Todas las SOMBRAS se van congregando, poco a poco, en torno a FEDRA.)** Nuestros cuerpos se deshacen en el húmedo sepulcro, pero no nos importa, no los necesitamos: hay miles y miles de cuerpos allá arriba esperando nuestro hálito, nuestro coraje, nuestra sed de libertad. **(Dulce.)** Hijo, hagamos a nuestro soplo volar sobre la tierra, envolviéndola en una caricia tan ancha como el mundo. Que roce las ondulantes mieses, que cruce los sombríos valles de arboladas laderas, que rebase los olorosos montes coronados de abejas, que viaje en las cándidas nubes que semejan bajeles del cielo, que busque por todas partes el corazón de los hombres y nidifique en ellos. Los que tengan ojos para ver nos verán a su lado, sabrán que no están solos. Sentirán junto a ellos a millones de hermanos que vivieron sin libertad y sin ella murieron, y en sus entrañas nuestra cólera se mezclará con la saya, añadiéndose a sus brazos la fuerza de los nuestros. **(Ilusionada.)** Y un día vencerán. Un día serán libres. Un día será libre hasta el último hombre del rincón más lejano. La libertad se extenderá sobre la tierra un día, y ya nadie jamás, ¡jamás!, tolerará que se levante un amo. **(Pausa. Dulce, de nuevo.)** Entonces, querido mío, solo entonces podremos reposar estrechamente unidos. La tierra será libre también para los muertos, se volverá ligera, sin el peso de oprobio que ahora tiene. A partir de ese día venturoso, los vivos y los muertos podremos descansar sin sonrojarnos. **(Dura.)** Ahora, no: ¿quién puede en este tiempo descansar sin ser cómplice? En tanto que haya pueblos enteros condenados al silencio porque pensar sea delito; en tanto que haya pueblos enteros temblando ante las armas de otros pueblos más fuertes; en tanto que haya pueblos enteros inmolados en masa con fuego y con metal lanzados desde el cielo; en tanto que haya pueblos enteros expulsados de sus tierras y casas y lanzados al árido desierto; en tanto que haya hambrientos, ignorantes, proscritos, explotados; en tanto que haya tanta vergüenza y horror sobre la tierra, estar muerto es un crimen. ¡Arriba, hijo, incorpórate! **(Sin abandonar su**

HIPÓLITO.- (Con angustia.) ¡Ay, no puedo! No puedo todavía, pero tú no me dejes. Llévame contigo, ¡llévame contigo, como sea!

FEDRA.- (Tierna.) Sí, querido mío, y o te llevaré. Habremos de ayudarnos los unos a los otros, que nadie que quiera seguirnos deje de hacerlo por falta de fuerzas. **(Con una mano por la espalda de HIPÓLITO y otra bajo sus piernas, se incorpora con un recio esfuerzo, llevándolo en brazos.)** Vamos, hijo. Deshagámonos en la tierra, y dejemos en libertad aquella parte nuestra que todavía es útil: **(Sombria.)** hacen falta Fedras que hieran con dureza... **(Muy dulce.)** e Hipólitos también, niño mío: víctimas inocentes cuya muerte haga temblar a los amos, y lleve el terror a los tibios corazones de aquellos que aún son capaces de sentirse felices. **(Corta pausa. Acariciando los cabellos de HIPÓLITO con la mejilla.)** Pobre, pobre amor nuestro. **(Volviéndose de espaldas, y caminando muy despacio hacia la galería, que ahora está iluminada con una luz que se abre al fondo, mientras las SOMBRAS le abren paso en silencio.)** Su triste historia se va a repetir muchas veces, quizá por largo tiempo... **(La cabeza de HIPÓLITO cuelga, oscilando.)** pero un hermoso día, esa historia tendrá que terminar. **(Ha llegado a la entrada de la galería, que ahora está iluminada con una luz pálida. Las SOMBRAS de los muertos, que han quedado a sus espaldas, la miran. FEDRA se detiene y se vuelve hacia ellas, dando cara al público. Vibrante.)** Y vosotros, ¿qué esperáis? ¿Preferís seguir durmiendo? Habéis oído una historia, y con eso os basta, ¿verdad? ¿Hasta cuándo os conformaréis con oír historias? ¿Cuándo llegará el tiempo en que las hagáis? No nos dejéis solos, venid a nuestro lado. **(Corta pausa. Volviéndose y entrando en la galería, con acento triste.)** No tengo vuestra paciencia, y o no espero más. **(FEDRA camina por la galería. Las SOMBRAS se miran entre sí y luego, con timidez, comienzan a seguirla de lejos, arracimándose junto a las paredes, sin atreverse a ir por en medio.)**

HADES.- (A PERSÉFONE.) Mira, incluso ha contagiado a los otros. Siempre será lo mismo, la raza de los hombres: la primera esperanza que pasa la cogen al vuelo y se encienden con ella como gusanos de luz.

PERSÉFONE.- (Mirando a la galería, donde están comenzando a entrar las primeras SOMBRAS. Con nostalgia.) Se encienden de esperanza... ¡qué maravilla!

HADES.- (Afectuoso y un poco irónico.) Parece que les envidias...

PERSÉFONE.- (Siempre mirando a la galería.) ¿Y por qué no? Verdad que su vida es un soplo, que sus generaciones son como esas pequeñas olas que se suceden unas a otras para morir en la playa, gimiendo deshechas en un sudario de espuma... pero, en tan corto espacio, ¡cuánta fe, cuánto esfuerzo, cuánta gloria!

HADES.- ¿Gloria, dices? Pero, ¿es que tú crees que ese día de libertad del que antes hablaba Fedra va a llegar alguna vez? ¡Milenios llevan los hombres esperándolo, y jamás ha llegado! (Despectivo.) ¡Ni nunca llegará!

PERSÉFONE.- (Soñadora.) ¡Quién sabe!

(Se extinguen las luces de la escena, excepto la iluminación de la galería, en la que han penetrado las últimas SOMBRAS que ya se atreven a ir por el centro, ocultando a FEDRA. Paulatinamente, se apaga también esa luz, produciéndose el oscuro total.)

FIN